

La Ilustración Artística

Año XXV

BARCELONA 12 DE NOVIEMBRE DE 1906

Núm. 1.298

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRA DEL ESCULTOR ANTONIO CARMINATI



BOCETO PREMIADO DEL MONUMENTO QUE SE HA DE ERIGIR EN MILÁN Á LA MEMORIA DE VERDI

(De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.^{as})

ADVERTENCIA

Con el número pasado repartimos á nuestros suscriptores el cuarto tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, titulado

POETAS FRANCESES DEL SIGLO XIX,

sélecta y completísima antología ordenada por don Teodoro Llorente, y por este esclarecido vate fidelísimamente vertida al castellano en sonoros versos y cadenciosas estrofas. Lamartine, Hugo, Sully-Prudhomme, Musset, Gauthier, Vigny, Baudelaire, Leconte de Lisle, y otros cuarenta poetas eminentes del Parnaso francés del siglo pasado, tienen su adecuado lugar en este libro, hecho con un cariño y con un atildamiento de forma nada comunes en esta clase de obras, pero que son la característica del ilustre literato valenciano ya mentado. Contribuyen á realzar esta edición primorosas orlas alegóricas, debidas al lápiz de Nicanor Vázquez.



Texto.— Crónica de teatros, por Zeda. — Las cerezas, por J. López Pinillos. — «Ariane» en la Gran Opera de París. — Las nuevas excavaciones en Herculano y el proyecto Waldstein, por Carlos Abeniñar. — El conde de Chestre. — Barcelona. Asamblea de Diputaciones provinciales. — Miscelánea. — Corazones de oro, novela italiana de Salvador Farina, con ilustraciones de Calderé. — Cómo se cultivan y recogen las fresas en Inglaterra, por H. J. Holmes.

Grabados.— Boceto premiado del monumento que se ha de erigir en Milán á la memoria de Verdi, obra del escultor Antonio Carminati. — Dibujo de José M.ª Maiqués que ilustra el artículo Las cerezas. — Cátulo Mendes. — Julio Massenet. — Decoración del segundo acto de la ópera «Ariane», dibujo de E. Clair-Guyot. — Día de colada, cuadro de Eduardo Stott. — El volante, cuadro de L. Campbell Taylor. — Herculano. Vistas de las ruinas hasta ahora descubiertas. — Ruinas de Herculano. La casa de Argus. — La taberna. — La cavertera que conducía al mar y los almacenes de mercancías. — Almacén de un comerciante de aceite. — Las termas. — La casa de Galba. — La fiesta del maíz en Italia, cuadro de Francisco Pradilla. — El conde de Chestre. — Banquete en el Tibidabo ofrecido por la Diputación de Barcelona á los representantes de las demás Diputaciones de España que han venido á la Asamblea. — Seis grabados que ilustran el artículo Cómo se cultivan y recogen las fresas en Inglaterra. — El ladrón audaz Voigt en su disfraz de capitán, en traje de faena y en traje de calle.

CRÓNICA DE TEATROS

Si los esclarecidos ingenios que tanta gloria dieron á nuestro teatro del siglo XVII volvieran, por caso maravilloso, al mundo y vieran á María Guerrero dar vida escénica á las heroínas de las comedias famosas por ellos imaginadas y compuestas, cierto estoy de que la proclamarían reina sin rival de la escena española. Ella encarna como ninguna otra artista moderna la poesía dramática de nuestro pueblo; lo característico de nuestra raza en ella adquiere su más intensa y vigorosa expresión, y en ningunos labios como en los suyos vibra tan elocuente y armoniosa el habla nacional.

Gracias á María Guerrero, aún vemos vivas aquellas damas que retrató Velázquez, que celebraron en sus conceptuosos versos Góngora, Jáuregui y Villamediana, y que satirizaron Quevedo y Laveleta. Nadie como ella sabe expresar el desenfado villanesco de las labradoras de Tirso, la pasión vehemente de las mujeres de Lope, la enfática rigidez de las damas de Calderón. De rústica zagala son sus donaires y arrebatos en *Fuente Ovejuna*, de austera y noble rica hembra sus trágicos dolores en *La estrella de Sevilla* y de astuta palaciega sus fingidas esquivaces en *El desdén con el desdén*. Su candorosa simplicidad en *La dama boba* desarruga el entrecejo del más ceñudo espectador; sus maternales congojas en *Reinar después de morir* conmueven los más duros corazones; sus discretos en *Casa con dos puertas* y en *El vergonzoso en palacio* suspenden y maravillan aun al auditorio más refractario al enrevesado conceptismo de los autores dramáticos del siglo XVII.

La eminente actriz y su esposo Fernando Díaz de Mendoza han elegido este año, para la inauguración de la temporada, el drama de Calderón de la Barca titulado *El mágico prodigioso*. No es cosa de que trate yo aquí de ensalzar al insigne dramaturgo ni su

renombrada comedia. Puesto que en ella he puesto mis manos pecadoras y procurado, en la medida de mis fuerzas, que el público fije su atención en bellezas que por estar encerradas en el libro carecían del relieve que les da el teatro, claro es que creía, como sigo creyendo, que *El mágico* pertenece al número de las joyas valiosísimas que constituyen el tesoro de nuestra poesía dramática. No está de más que de cuando en cuando fijemos nuestra mirada distraída en las riquezas artísticas que nos legaron nuestros antepasados.

Mas si por razones fáciles de explicar debo pasar por alto cuantas observaciones pudieran ocurrirme respecto al mérito, que yo creo extraordinario, de *El mágico prodigioso*, omisión imperdonable sería no ensalzar la labor artística realizada por María Guerrero en la interpretación del papel de Justina. Si Calderón «hubiera levantado la cabeza» la noche de la inauguración de la temporada en el Español, habría exclamado de seguro como el príncipe Segismundo, en *La vida es sueño*:

En cada vez que te veo
nueva admiración me das
y cuando te miro más
aún más mirarte deseo.

Admirable es, en efecto, en dicha obra el trabajo de nuestra insigne actriz. No es posible expresar con más alta y noble belleza las ansias de un corazón virginal agitado por todos los sugestivos encantos con que el amor le cerca y seduce. En la inmortal escena en que aves, plantas y flores ofrecen á los ojos de Justina la imagen del amor, María Guerrero hizo pasar por la sala del teatro el estremecimiento de lo sublime.

Y no es maravilla que triunfe de este modo. A sus extraordinarias dotes artísticas junta María Guerrero fanático entusiasmo por su arte, entusiasmo que con ella comparte Fernando Díaz de Mendoza. Ambos sienten lo que pudiéramos llamar la locura del teatro. El teatro, en efecto, absorbe por completo su vida: su mundo es la escena, su casa la forman los telones y bambalinas, sus jardines los setos, arriates y macizos de papel pintado, su sol la luz de las candelillas y baterías.

Para María y Fernando, como para el paladín del romance, «su descanso es trabajar.» No se limitan á representar las obras; colaboran con los autores, auxiliándolos con su exquisito sentido estético. Cuando después de largos ensayos y de cuidadoso estudio, no sólo de los papeles, sino de todo lo que se refiere á la *mise en scene* y al *atrezzo*, estrenan una obra, el público, cualquiera que sea el éxito literario de la comedia representada, no puede menos de aplaudir y celebrar el esmero, el gusto y la perfección con que así María Guerrero como su esposo han dado vida á la creación del dramaturgo.

Gracias á ellos dos aún nos deleitan, conmueven y cautivan las comedias y dramas genuinamente españoles.

Aunque de muy distintas aficiones artísticas que María y Fernando, es tan entusiasta como ellos por el arte dramático Francisco Tallaví. Ganoso de gloria, endereza este joven actor todos sus esfuerzos á llevar á la escena las creaciones dramáticas del teatro moderno. Ibsen es su ídolo, y con la tenacidad inteligente que constituye en las más difíciles empresas el secreto del éxito, intenta—empeño, ciertamente, difícil—aclimatar entre nosotros las obras más renombradas del insigne escritor noruego. Entre ellas, la de mayor fama, como todo el mundo sabe, es la que lleva por título *Los espectros* ó *Los aparecidos*.

No hay en la literatura novísima drama más trascendental ni de intención más demoledora que el célebre drama ibseniano. En él se combaten los fundamentos de la sociedad y de la familia. Su idea capital puede expresarse en pocas palabras: la señora Alving, cediendo á las imposiciones de sus padres, se casó con un capitán de marina; á los pocos días de su boda echó de ver que su marido era un hombre disipado y lleno de vicios. Indignada por la conducta de su esposo, abandona el hogar conyugal y corre á refugiarse á casa del doctor Manders, por quien sentía cierta inclinación amorosa. El pastor, fiel á lo que considera sus más sagrados deberes, obliga á la señora Alving á que vuelva á reunirse con su marido y á que cumpla su deber de esposa cristiana. La infortunada señora obedece el mandato del pastor Manders y reúnese con el capitán Alving. Fruto de tal unión es el nacimiento de Oswald.

En este desdichado ser se cumple la ley de herencia, por la cual él, sin culpa, paga con una enfermedad medular la disipación y el alcoholismo de su padre. El pobre joven, en la flor de su edad, ansian-

do trabajar, amar, vivir, se encuentra condenado á la imbecilidad, que es peor que la muerte. Y la ley fatal de la herencia se cumple y Oswald, según quiere demostrar el autor, viene á ser la víctima de lo que Ibsen califica de dañosos prejuicios sociales.

El papel de Oswald ha tentado á los más grandes actores contemporáneos, entre ellos á Novelli y á Zacconi. Tallaví, no obstante tener que luchar con el recuerdo de aquellos dos eximios artistas, ha querido también acometer la ardua empresa, y de ella ha salido honrosamente. Para dar caracteres verdaderos á la enfermedad del personaje ibseniano ha hecho un detenido estudio de las enfermedades medulares, y según el parecer de los médicos, Tallaví en el transcurso de la representación de *Los espectros* expresa con pasmosa exactitud todos los grados por que pasan en el último período de su dolencia los enfermos atacados de reblandecimiento de la medula.

Sinceramente declaro que las enfermedades en el teatro me producen una impresión que nada tiene de estética. Cuanto más verdaderas parecen, más me repugnan. Un tísico espectral, un atacado de peritonitis retorciéndose de dolor, un enfermo de ataxia vacilante y tembloroso, me inspiran piedad y conmiseración, pero nada que se parezca á la emoción artística.

«Estos dramas patológicos—me decía la noche de la representación una notabilísima actriz—debieran representarse en los anfiteatros de las escuelas de Medicina.» Admitido, sin embargo, el género, claro es que el actor debe esforzarse por conseguir la imitación de la verdad. Esto es lo que intenta y consigue Tallaví cuando desempeña el papel de Oswald.

Sea, pues, cualquiera la opinión que se tenga acerca de los límites del teatro, es lo cierto que tendiendo el drama de ideas, no á expresar lo bello, sino á la exposición y propaganda de doctrinas sociológicas, el trabajo de Tallaví merece toda clase de elogios sin ninguna especie de regateo. El actor que intente representar el Oswald de Ibsen, si ha de responder al pensamiento del autor y causar la impresión que él se propuso producir, tiene por fuerza que hacer patentes ante los espectadores los males y miserias que de padres á hijos transmite la herencia patológica.

* *

Otro aspecto del arte dramático contemporáneo nos ofrece la comedia de Croisset y Tarride *Le tour de main*, que con el título de *La mentira piadosa* acaba Martínez Sierra de traducir al castellano. Así como Ibsen, Bjoernson, Hauptmann, Butti procuran que triunfe la verdad por amarga y dolorosa que sea, los autores de *Le tour de main* ensalzan en el teatro la eficacia y conveniencia social de la mentira. Creen ellos que es preferible el engaño al desengaño y que el objeto principal de la vida es pasarla del modo más agradable posible. Según el personaje que lleva la voz cantante en esta comedia, el toque del saber vivir está en el arte de engañar. «Miente con habilidad—dice á su hijo—y serás feliz y harás felices á cuantos te rodean.» Y generalizando su doctrina añade: «La mentira es toda la civilización.» Firme en sus ideas este personaje, descendiente en línea recta de los famosos razonadores de Dumas, vive contento y feliz engañando á todo bicho viviente.

Tan ingeniosa paradoja está desenvuelta con la ligereza peculiar del espíritu francés, en una fábula entretenida, animada y abundante en frases felices y en escenas interesantes y escritas con conocimiento del arte teatral. Su asunto recuerda el del drama de Hauptmann *Almas solitarias*; pero mientras la obra alemana tiene un desenlace trágico, la comedia francesa se resuelve felizmente y con arreglo á un sentido no inmoral, sino amoral...

Las teorías de *La mentira piadosa* no convencieron al público. El carácter español, en lo tocante á la mentira conyugal, que es como en casi todas las comedias francesas lo que sirve de eje á la de Croisset y Tarride, no transige con las componendas de los dos ingeniosos autores. Y ciertamente la mentira, sobre todo en el hogar, por cómoda que sea lo mismo para el engañador que para el engañado, engendra un ambiente constante de disimulo y de traición que acaba por envenenar la vida. «Una atmósfera de mentira—dice Ibsen por boca de uno de los personajes de *Casa de muñeca*—esparce en el hogar miasmas insanos y contagiosos. Cada vez que los hijos respiran, absorben gérmenes dañinos. Casi todas las personas depravadas han tenido padres mentirosos.»

Por otra parte, yo no sé si podría defenderse seriamente lo de que toda la civilización está basada en la mentira; pero si así fuese, ¿no deberíamos trabajar esforzadamente por fundamentarla en la verdad?



No, no, ¡Ten lástima! ¡No me martirices!

LAS CEREZAS

PERSONAJES: *Antonia*, de veintisiete años, morena, ojinegra, esbelta, elegante. — *Pedro*, de treinta años, rubio, delgado, con escaso cabello y bastantes arrugas. — *Federico*, de veintiséis años, guapetón, fornido, arrogante. — *Doña Teresa*, vieja, fea, antipática. — Un señor obeso que usa gafas azules y escupe mucho.

La acción, en una huerta, á orillas del Guadalquivir. — El señor obeso fuma junto á doña Antonia. Pedro y la muchacha, separados de los viejos, charlan amistosamente.

PEDRO.—Tu madre me quiere fulminar con los ojos. ¿Creerá que voy á comerte?

ANTONIA (*por decir algo*).—¿A mí?

PEDRO.—No ha variado la buena señora...

ANTONIA (*después de una pausa*).—No. (*Callan meditabundos.*)

PEDRO.—Tú tampoco has variado... Tan bonita, tan fresca como antes. (*Con amargura.*) Y yo... El trabajo.

ANTONIA (*confusa*).—Pues trabajar sin regla, sin...

PEDRO.—Envejece. Me encuentras viejo, ¿verdad? Y enfermo. Arrugado, calvo como un setentón... Un paseo me inutiliza para tres días; un discurso me cuesta una semana de mudez. Los señores pulmones que se han propuesto declararse en huelga... ¡Resignación! Ellos me han traído á la tierra. Dicen los médicos que el clima de Madrid no me conviene. ¡Claro!

ANTONIA (*con interés*).—¿No se te quita el catarro? PEDRO (*con naturalidad*).—¿El catarro? Sí, por completo. Ya estoy tísico. (*Burlándose.*) Un ascenso.

ANTONIA (*apenada*).—¿Pedro!..

PEDRO.—Perdona. (*Hay un largo silencio.*)

D.^a TERESA.—Perico, ¿es cierto que te hacen gobernador?

PEDRO.—¡Calumnias, señora! Me harán ministro.

D.^a TERESA.—¡Eche usted jumo!

EL SEÑOR OBESO.—¡Qué país! (*Escupe.*) Así nos luce el pelo.

ANTONIA (*en voz baja*).—¡Yo me alegraría tanto!.. ¿Lo crees?

PEDRO (*con gravedad irónica*).—Lo creo. (*Pausa.*) Oye: Federico, ¿es concejal?

ANTONIA.—¿Por qué lo preguntas?

PEDRO.—¡Pchs!..

ANTONIA.—No lo es.

PEDRO.—Pues si me habían dicho... Pero no importa, lo será, tiene todas las condiciones precisas. ¿Quieres que le hable á Ibarra?

ANTONIA (*con despecho*).—Yo no quiero nada.

PEDRO (*finjiendo asombro*).—¿He tenido la desgracia de disgustarte? (*Antonia no contesta.*) ¿Nada dices? (*Irónico.*) Es raro lo que me sucede con vosotras. Me echasteis como á un perro: vuelvo ahora sin rencor, después de haber olvidado desdenes y

crueldades y burlas, y me recibís como á un enemigo. ¿Por qué?

ANTONIA.—Es que no veo... ¡Como á un enemigo! Yo, recibirte... ¡Qué cosas se te ocurren!

PEDRO (*interrumpiéndola*).—Han pasado los años; el ayer murió, se fué para no retornar.

ANTONIA.—¿Para no retornar?

D.^a TERESA.—Atiende, ministro. (*Señalando al señor obeso.*) Pregunta que si te gustan las cerezas.

PEDRO.—Si á él le gustan, no.

EL SEÑOR OBESO (*reflexionando*).—Si á mí me gustan, á él no le gustan. ¿Pues no lo entiendo! (*Suelta un salivazo.*)

PEDRO (*á Antonia*).—Me llama ministro para burlarse. ¡Pobre! Ella no olvida, Antonia. ¡Como la dije tantísima fiera atrocidad!.. Paréceme estarla viendo todavía con los labios apretados, los ojos fulgurantes... Tu madre es una magnífica hembra. Atila con faldas. Donde su ambición pone el casco, no vuelve á brotar nada hermoso.

ANTONIA.—Déjala. Es mi madre.

PEDRO.—No, hija; si esto no es criticarla. Yo la admiro. Deseaba para ti un príncipe; yo no era más que un abogadillo sin pleitos, y me plantó en la calle. Hizo bien.

ANTONIA.—Hizo mal.

PEDRO.—¿Y tú..., que te pusiste de su parte?

ANTONIA.—Yo..., también hice mal.

PEDRO.—Vamos, llegó el día; por fin llegó. (*Pausa.*) Sí, hiciste mal. Aquello fué una infamia. ¿Cuál era mi delito? ¿La pobreza? ¿Y hasta los dos años de relaciones no caisteis en que yo era pobre? Es gracioso. (*Pausa.*) ¡Y qué ridículo estuve! ¿Recuerdas mis últimas cartas? «Me moriré, me vengaré, me suicidaré.» (*Riendo, pero algo pálido.*) Los veinte años, el sarpujido poético de la edad del bobo. Y sufrí, ¡vaya! Como que llegué á desear la muerte. ¡Palabra de honor!

ANTONIA (*con la voz ronca*).—No tanto, hombre.

PEDRO.—Sí, sí. Fué un año espantoso. Te he querido yo mucho, Antonia. Luego...

ANTONIA.—¿Luego?..

PEDRO (*fríamente*).—Luego olvidé, hija de mi alma; olvidé del todo, y me quedé en la gloria. Y se acabó el amor. Una y no más. Soy muy bruto, ¿sabes?; me entrego en cuerpo y alma, y esa es la atrocidad más grande que puede hacer un hombre. Claro es que si encontrase mi pareja como tú la has encontrado... Hoy no me rechazarían por falta de dinero.

ANTONIA.—¡Dinero!

PEDRO.—¡Caramba, no lo desprecies! Yo lo adoro. Soy ambicioso, ya que no puedo ser otra cosa. Y tu Federico, ¿tiene ambición?

ANTONIA (*desdeñosa*).—¿Él? Se contenta con ser guapo y con poseer cuatro fincuelas.

PEDRO.—Hace bien. Es bello y dispone de lo necesario. ¿Qué más desear? Belleza y paz. Los dos ejes de la vida. Tu Federico es un filósofo. Y... ¿te quiere?

ANTONIA (*con indiferencia*).—Sí, parece que sí.

PEDRO.—¿Y tú?..

ANTONIA (*ruborizándose*).—Es mi novio...

PEDRO (*con ironía*).—¡Bah! También yo lo fuí; y sin embargo... No le dejes; te hará dichosa. Es el hombre ideal: hermoso é imbécil. ¡La gran persona! Un noble y valiente borrico que poblará la casa de muchachos bonitos y recios. No será ni celoso.

ANTONIA (*ofendida*).—No lo es.

PEDRO (*con envidia*).—Feliz mortal. Para él y los de su ralea se hizo la tierra. Yo, en su pellejo, enloquecería de celos. Figúrate—y es una suposición,—figúrate que se muriera ese hombre..., ó que lo dejaras, y que yo me volviese á enamorar de ti... Figúratelo.

ANTONIA (*con ansiedad*).—Sigue, sigue...

PEDRO.—¿Crees que te lo diría? Pues sólo al pensar en vuestras intimidades de novios...

ANTONIA (*vivamente*).—¡No, eso no! ¡Te lo juro!

PEDRO.—Pero ¿qué tiene de particular? ¿No vas á casarte con él? Si conmigo, á pesar de no quererme, no eras reservada, con él, á quien adoras...

ANTONIA.—No, no. ¡Ten lástima! ¡No me martirices! (*Entra Federico con un canasto de cerezas.*)

D.^a TERESA (*aproximándose á su hija, apoyada en un remo del señor obeso*).—Ahí está Federico. Pero ¿qué te pasa?

ANTONIA (*conteniendo las lágrimas*).—Nada.

PEDRO.—La contaba una historia y se ha conmovido.

D.^a TERESA (*con acritud*).—¡Qué le parece á usted! FEDERICO (*muy contento*).—Ya están aquí. Las primeras. Y dulces como el almíbar. (*A su novia.*) Abre la boca.

ANTONIA.—Déjame de tonterías.

FEDERICO (*haciendo visajes*).—Abre la boquinita, verás cómo atino. ¡A la una!..

ANTONIA (*iracunda*).—¡Déjame! ¡Te lo he dicho ya!

FEDERICO (*cogiéndola cariñosamente por un brazo*).—¿Qué es eso? ¿No se me obedece?

ANTONIA.—¡Suélteme usted! ¿Qué confianza tiene usted conmigo para tocarme? ¡Suéltete! (*Le empuja cólerica y las cerezas ruedan por el suelo.*)

FEDERICO (*sorprendido*).—Niña, niña...

ANTONIA.—¡Idiota! (*Doña Teresa y Federico miran á Pedro, que sonríe fríamente.*)

EL SEÑOR OBESO (*contemplando las cerezas desparramadas y bombardeándolas ferozmente*).—¡Nos reventó el amigo con sus historias! (*La muchacha se refugia en los brazos de su madre y rompe á llorar.*)

J. LÓPEZ PINILLOS.

(Dibujo de José M.^a Marqués.)

"ARIANE" EN LA GRAN ÓPERA DE PARÍS

En la primera escena lírica de Francia se ha estrenado hace pocos días la ópera en cinco actos *Ariane*, en cuya composición se han juntado en felicísimo consorcio, según expresión de un eminente crítico parisiense, el más músico de los poetas y el más poeta de los músicos: Catulo Mendes y Julio Massenet.

El poema está basado en la conocida leyenda mitológica de los amores de Theseo con Ariana y Fedra.

Acto primero.—Theseo, rey de Atenas, llega á Creta para matar al Minotauro, lo que consigue merced al hilo que le ha dado Ariana á fin de que pueda orientarse en el laberinto en donde el monstruo se oculta. Ariana se enamora de Theseo y se promete seguirle si sale vencedor en la terrible empresa, desoyendo los consejos de su hermana Fedra, que trata de disuadirla de su sacrilego proyec-

to y le echa en cara la traición que intenta contra su padre y sus dioses. Theseo ha dado muerte al Minotauro y prendado de Ariana se la lleva hacia la orilla del mar, en donde les espera el barco que ha de conducirles á Atenas; Fedra, inconsciente de su destino, les sigue y se embarca con ellos.

Acto segundo.—Los dos amantes, bajo la tienda de púrpura de la galera, cantan sus amores, mientras

dra, la cual, temerosa de sucumbir á la tentación, huye de la pasión culpable. Ariana, convencida de que Theseo ya no la ama, implora la ayuda de su hermana; pero casi en el momento en que ésta consiente en interceder por ella, la infortunada esposa sorprende el apasionado coloquio de los dos amantes y se desmaya. Fedra, desolada y maldiciendo á los dioses, se refugia en el bosque sagrado y amenaza la estatua de Adonis, la cual cae y la mata. Ariana, ante el cadáver de su hermana, lamenta la terrible expiación y pide á Cypris que devuelva la vida á Fedra; Cypris le concede que vaya á buscarla á las profundidades del Hadés, guiada por las tres Gracias.

Acto cuarto.—Persefoné, diosa de los Infiernos, recuerda con tristeza el tiempo feliz en que vivía libremente en la tierra. Acompañada de las tres Gra-

cias aparece Ariana, á cuyas súplicas responde la diosa con una inexorable negativa; pero al ofrecerle aquélla el brazado de rosas que lleva, Persefoné se estremece, y devolviendo la vida á Fedra, permite á Ariana que se la lleve.

Acto quinto.—La muerte de Fedra y la desaparición



CÁTULO MENDES, autor del libreto de «Ariane»



JULIO MASSENET, autor de la música de «Ariane»

Fedra, sola en la proa, medita dolorosamente. De pronto estalla una tempestad, y cuando ésta cesa, la galera, que ha perdido su gobierno, se halla á la vista de Naxos, en donde desembarcan los viajeros.

Acto tercero.—Theseo está hastiado del amor dulce y quejumbroso de Ariana y se siente atraído por Fe-



DECORACIÓN DEL SEGUNDO ACTO DE LA ÓPERA «ARIANE.» LA GALERA QUE CONDUCE Á ARIANA Y Á THESEO. Dibujo de E. Clair-Guyot.

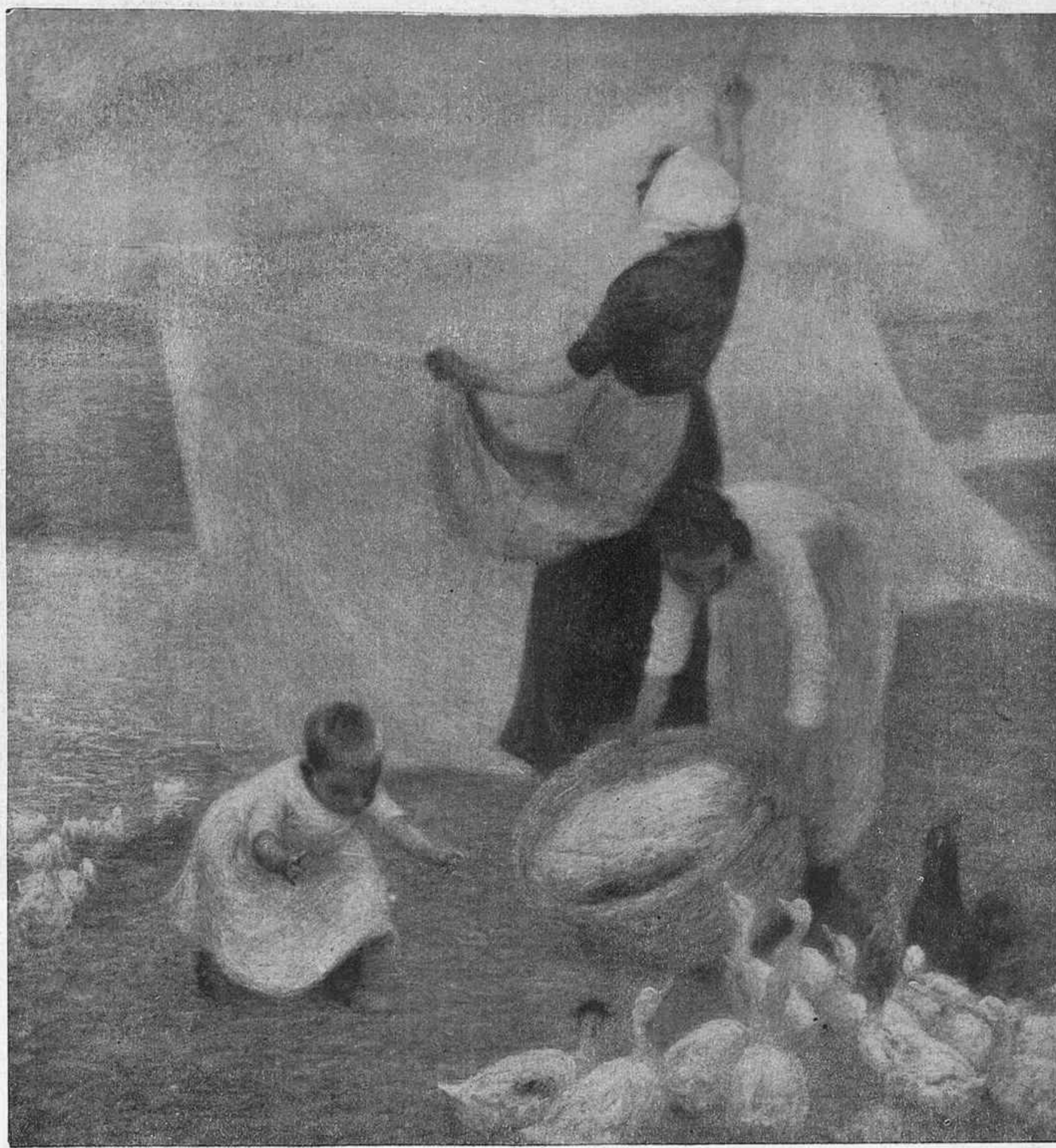
ción de Ariana parecen haber enloquecido á Theseo, á quien sus compañeros tratan en vano de distraer proponiéndole nuevas y heroicas empresas. Llegan, en esto, las dos hermanas, y Ariana, en su inmensa abnegación, entrega Fedra á Theseo; éste, hondamente conmovido, le jura que sólo á ella ama y amará en lo sucesivo; mas no pudiendo resistir á la pasión que siente por Fedra, parte con ella á Atenas en la misma galera que antes fué testigo de sus amores con Ariana. Ariana, desolada y abandonada, oye el canto de las sirenas y se deja arrastrar por ellas al fondo del mar.

Massenet ha demostrado una vez más en la partitura de *Ariane* las seductoras cualidades que distinguen su música y el delicioso encanto que ha prodigado en todas sus óperas; pero en esta, el dibujo melódico, las armonías, los ritmos y las sonoridades orquestales revisten un carácter especial de elevación y firmeza, que se revela desde el primer acto en el relato de Pirithous, el rudo compañero de armas de Theseo, y que, con cortas intermitencias, continúa dominando hasta el final.

Difícil es citar los trozos más notables de esa partitura, llena de ternura y al mismo tiempo de pasión avasalladora; tal es el

número de ellos que la ópera contiene. Mencionaremos, sin embargo, como más salientes y más aplau-

senet ha añadido un nuevo triunfo á los muchos conseguidos en su brillante carrera.—S.



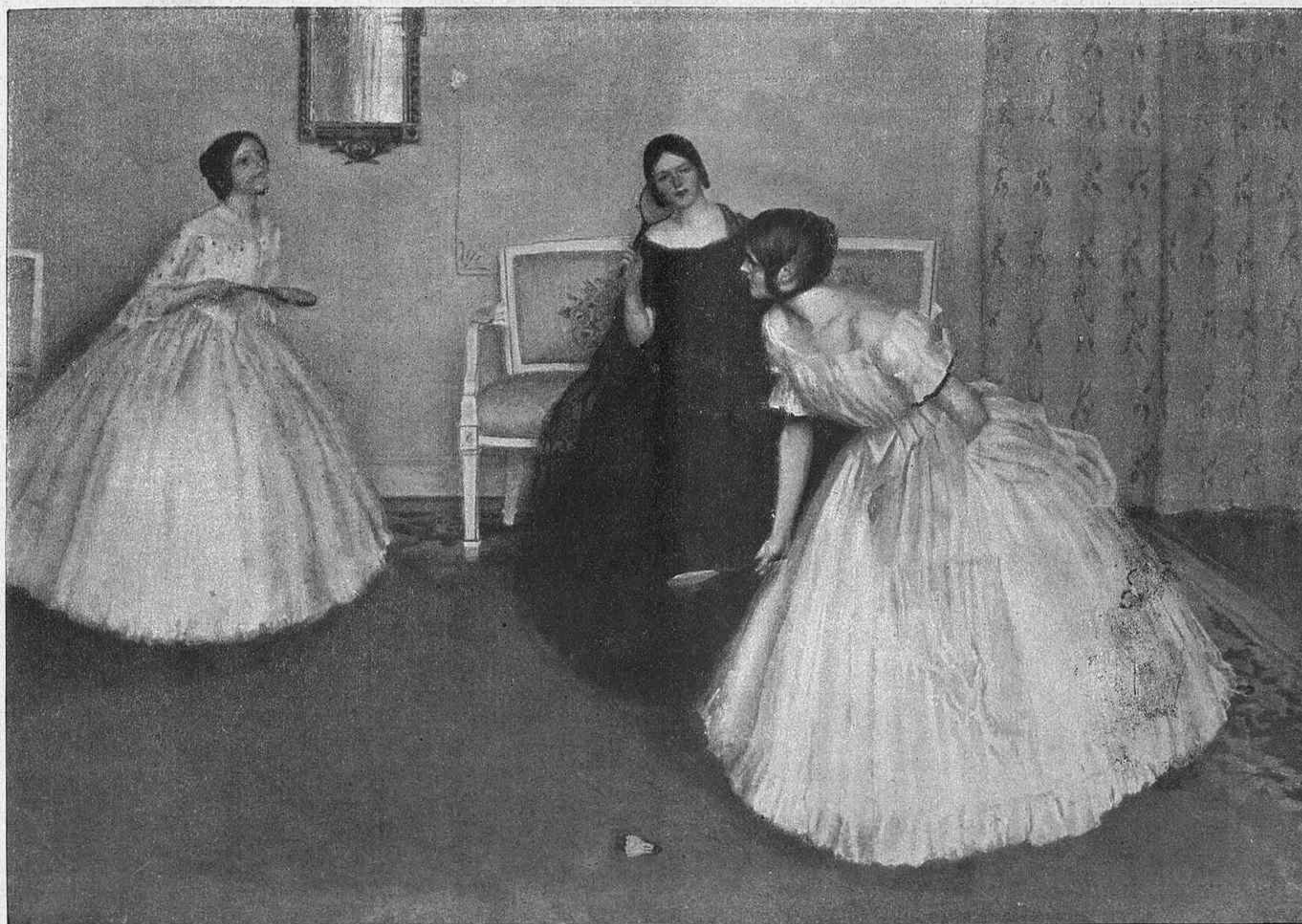
Día de colada, cuadro de Eduardo Stott

didós, el delicado dúo de Ariana y Fedra, la descripción del combate contra el Minotauro y el brillante final del acto primero; el dúo de Ariana y Theseo y la tempestad del segundo; todo el acto tercero, que es, sin disputa, el mejor de la obra y en el que están admirablemente expresados los ardores de Theseo, la confusión de Fedra y el dolor de Ariana; el triste canto de Perséfone, la poética entrada de Ariana y las tres Gracias y el bellísimo episodio de las rosas del acto cuarto, y el final del quinto.

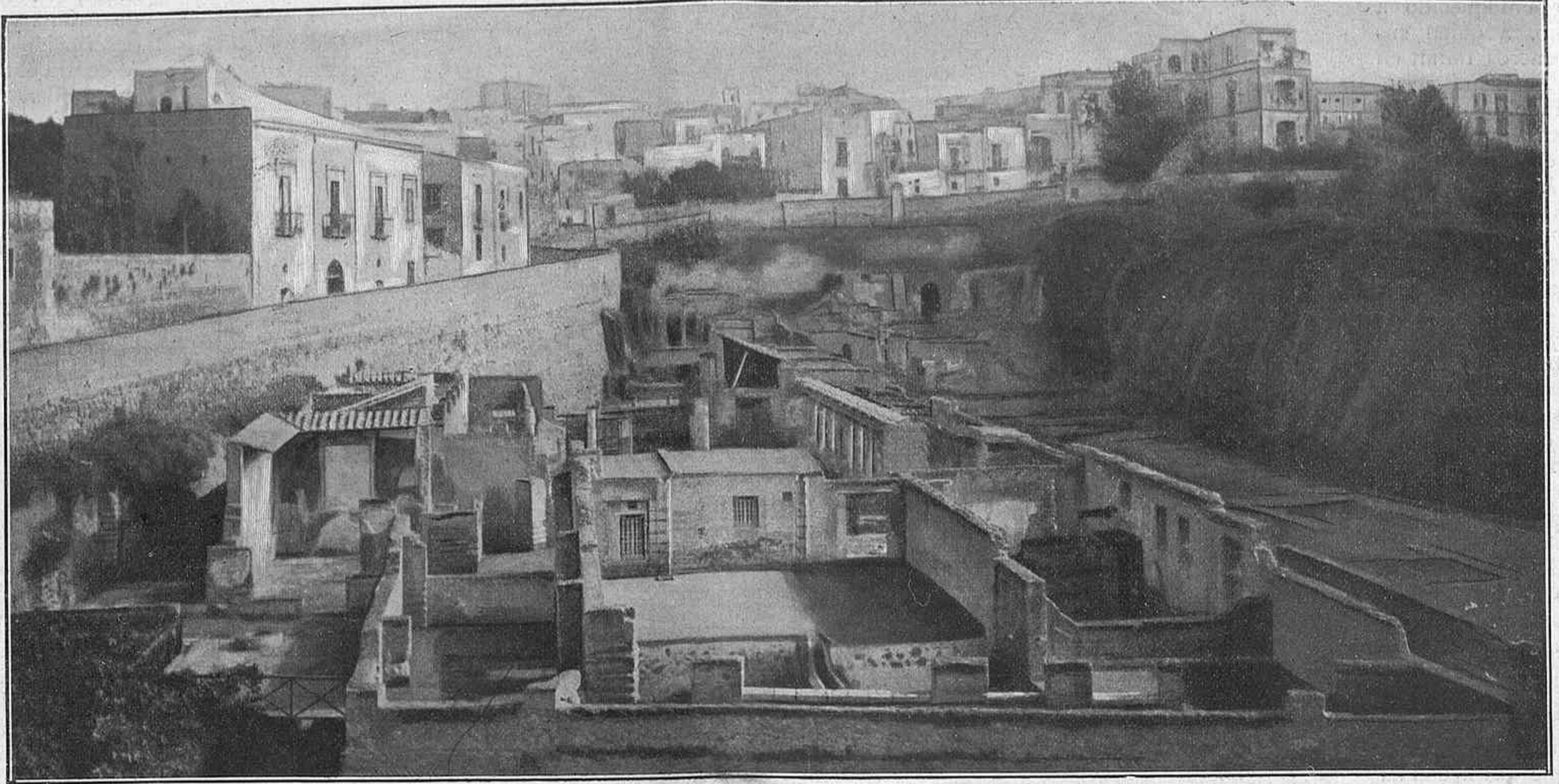
La ejecución de *Ariane* ha sido inmejorable por parte de las señoritas Breval (*Ariana*), Grandjean (*Fedra*) y Arbell (*Perséfone*), de los señores Delmás (*Pirithous*) y Muratore (*Theseo*), y de la orquesta, magistralmente dirigida por Vidal.

El decorado es hermoso, y el del segundo acto, sobre todo, que reproduce el grabado de la página anterior, es un verdadero *tour de force* del arte escenográfico; baste decir que la galera que en él figura mide 16 metros de longitud y pesa seis toneladas.

El éxito de *Ariane* ha sido franco, las principales piezas han sido muy aplaudidas y Massenet ha añadido un nuevo triunfo á los muchos conseguidos en su brillante carrera.—S.



El volante, cuadro de L. Campbell Taylor. (Reproducción autorizada por Humprey Roberts, Esq.)



HERCULANO.—Vista de las ruinas hasta ahora descubiertas en la parte de la ciudad que mira al Vesubio
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

LAS NUEVAS EXCAVACIONES EN HERCULANO Y EL PROYECTO WALDSTEIN

Cuando hace algunos meses Carlos Waldstein anunció en los periódicos italianos que había hecho con éxito satisfactorio algunas gestiones cerca de varios soberanos y jefes de Estado europeos y de algunos millonarios norteamericanos, para constituir un comité internacional que, provisto de los fondos necesarios (unos cuantos millones), acometiera la empresa de arrancar el sudario de lava y de fango que cubre la casi totalidad de la antigua Herculano, creyóse, según me afirmó el profesor Inocente Dall'Osso, inspector del Museo y de las excavaciones de Nápoles, que se trataba de un ensueño de arqueólogo. Pero cuando el gobierno italiano envió a Nápoles una comisión que estudiara el proyecto Waldstein, y esa comisión, compuesta de sabios arqueólogos, emitió un dictamen favorable, todo el mundo comprendió que se trataba de un proyecto serio que de un momento a otro había de ser llevado a cabo.

Mientras el Sr. Waldstein se prepara a presentar su proyecto completo desde los puntos de vista técnico y financiero, veamos lo que dice el citado profesor Dall'Osso acerca de las nuevas excavaciones.

Ubicación de la antigua ciudad. — Si las indicaciones son exactas, la ciudad ó mejor el viejo castillo, el *Frourion* de Estrabón, forma un cuadrado de 400 metros de lado, cuyo extremo Norte llegó a 100 metros de la carretera real de Portici, hacia Pugliano, y cuyos límites Noroeste y Sudeste están determinados por la Villa de los Pisones; de suerte que el grupo de casas de Resina (ciudad construida sobre el emplazamiento de Herculano) que habría que derribar no sería extraordinario ni por su número ni por su importancia.

Dificultades de las excavaciones. — La erupción del Vesubio que en el año 79 vomitó un torrente de lava sobre Pompeya, inundó Herculano con un torrente de fango que, en algunos puntos, alcanzó una altura de ocho metros. Sobre esa costra de fango endurecido, que se denomina *pappamente*, cayó en 1631 una corriente de lava que aumentó aquella altura hasta 22 metros. De manera que hay que penetrar en esa profundidad practicando galerías y triturando con potentes máquinas, no según el primitivo sistema, el material durísimo.

Tesoros artísticos y arqueológicos. — El sabio Beulé, tan competente en este asunto, ha escrito que Herculano «era un sitio hecho para los ociosos que querían gozar de un encanto perpetuo.» En efecto, los antiguos le señalaban el tercer lugar, después de Nápoles y de Capua, desde el punto de vista de la belleza de los monumentos.

Herculano era una ciudad griega ó, mejor dicho, una ciudad fundada por la colonia griega de Neapolis, y tenía la misma forma cuadrangular y la misma división en cuatro zonas de las urbes de la antigua Grecia; es, pues, natural que en ella se reunieran las obras maestras del arte helénico. Y así lo demuestra de sobra el hecho de que así como los tesoros artísticos encontrados en Pompeya son en número escaso, los descubiertos en Herculano llenan cuatro salas del Museo de Nápoles, pudiéndose citar entre los principales el *Atleta herido*, el *Atleta vencedor*, *Cleopatra*, las estatuas de *Balbus*, *Orestes*, *Electra*, *Minerva*, *Baco*, *Euterpe*, la estatua colosal de *César Augusto* sentado, *Terpsicore*, *Mneimosyne*, etc., todas de mármol; y entre las de bronce, *Berenice*, los *Luchadores*, la estatua colosal de *Faustina*, *Safo*, los celebres *Fauno dormido*, *Fauno bailando* y *Fauno ebrio*, el *Discóbolo*, el *Mercurio en reposo* y tantas otras universalmente admiradas.

Todos esos tesoros, arrancados de su sitio por el torrente de fango, han sido encontrados en el espacio recorrido por éste y del que sólo se ha explorado una pequeña superficie: del mismo modo que en una sola villa se encontraron 700 papiros.

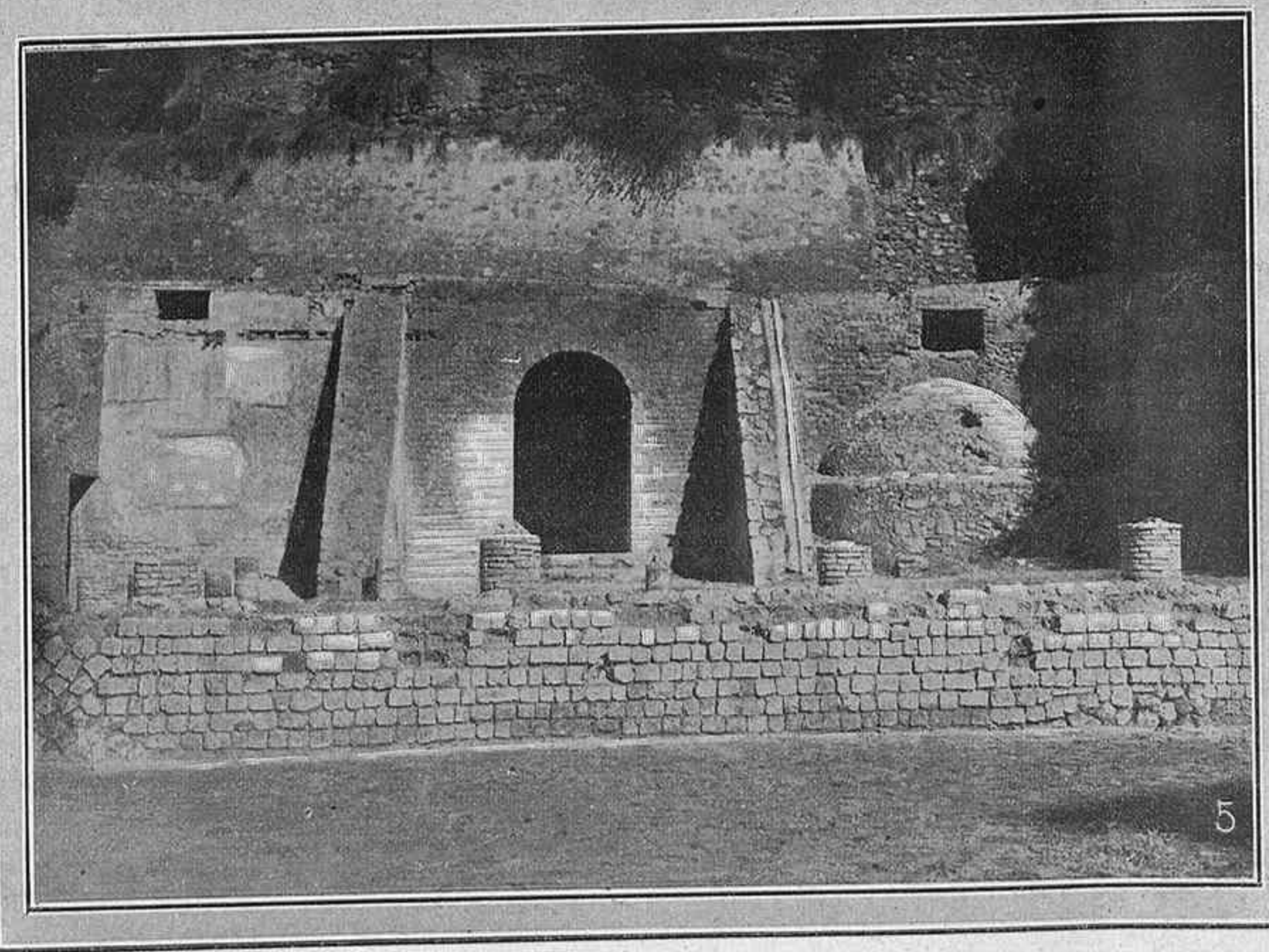
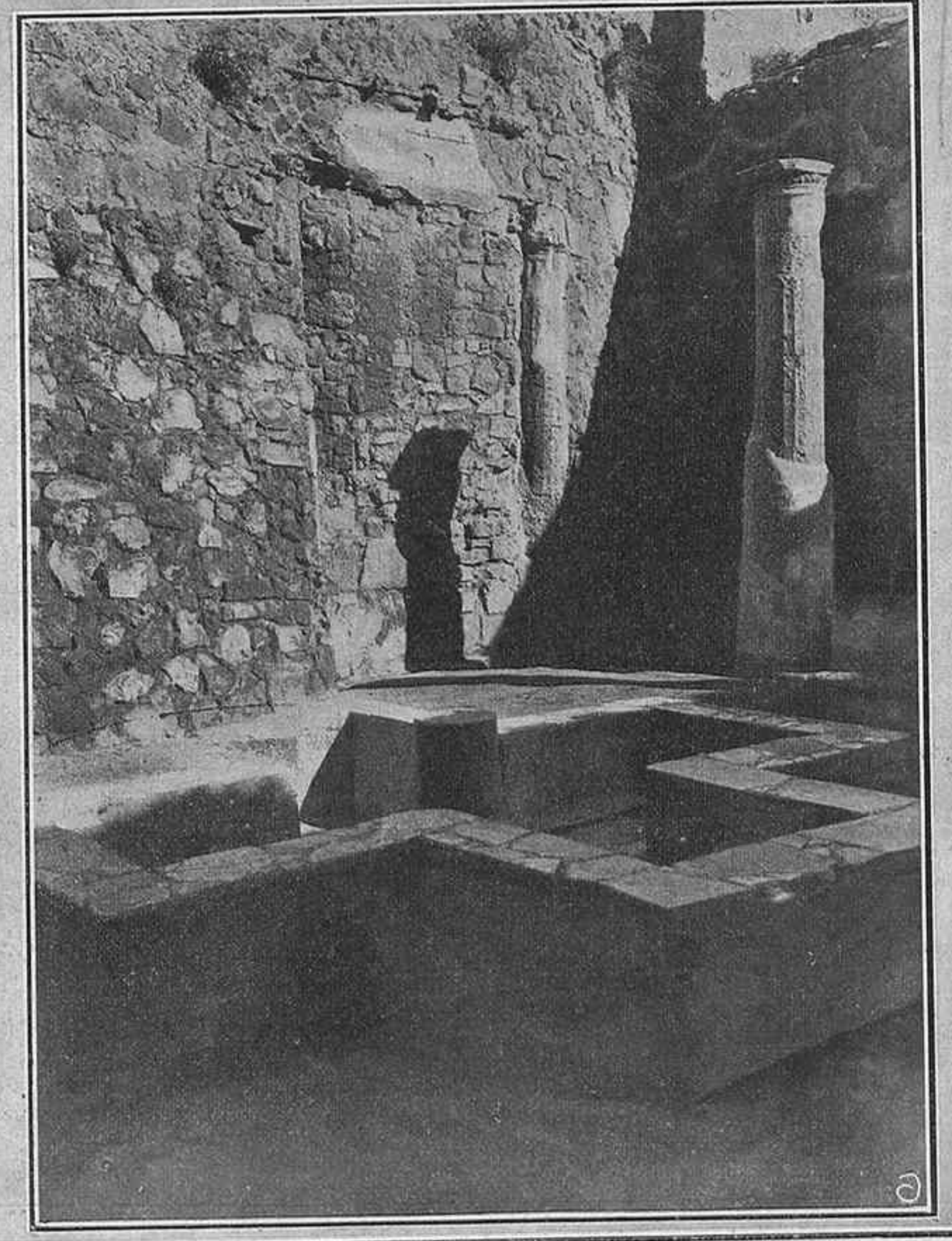
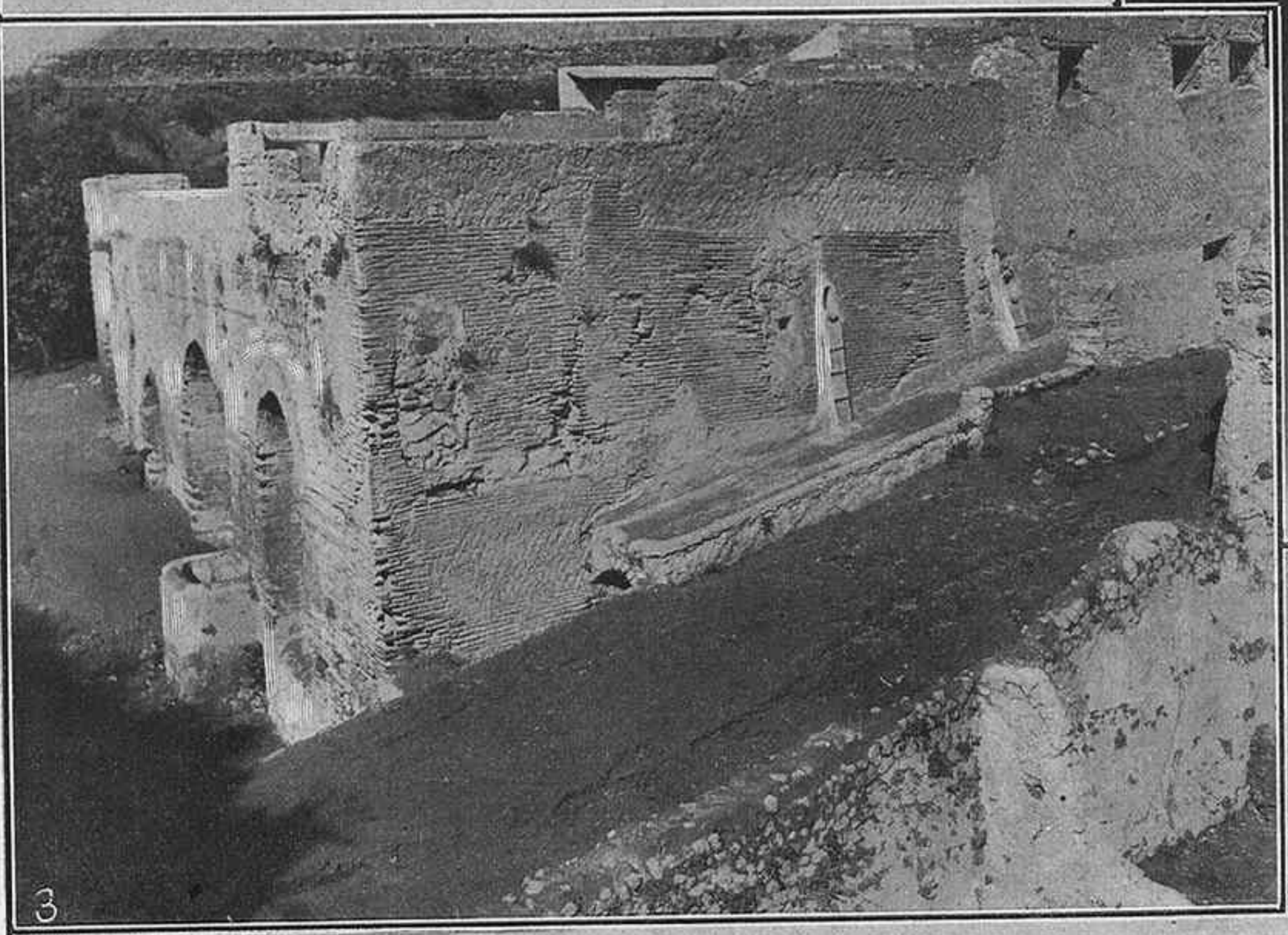
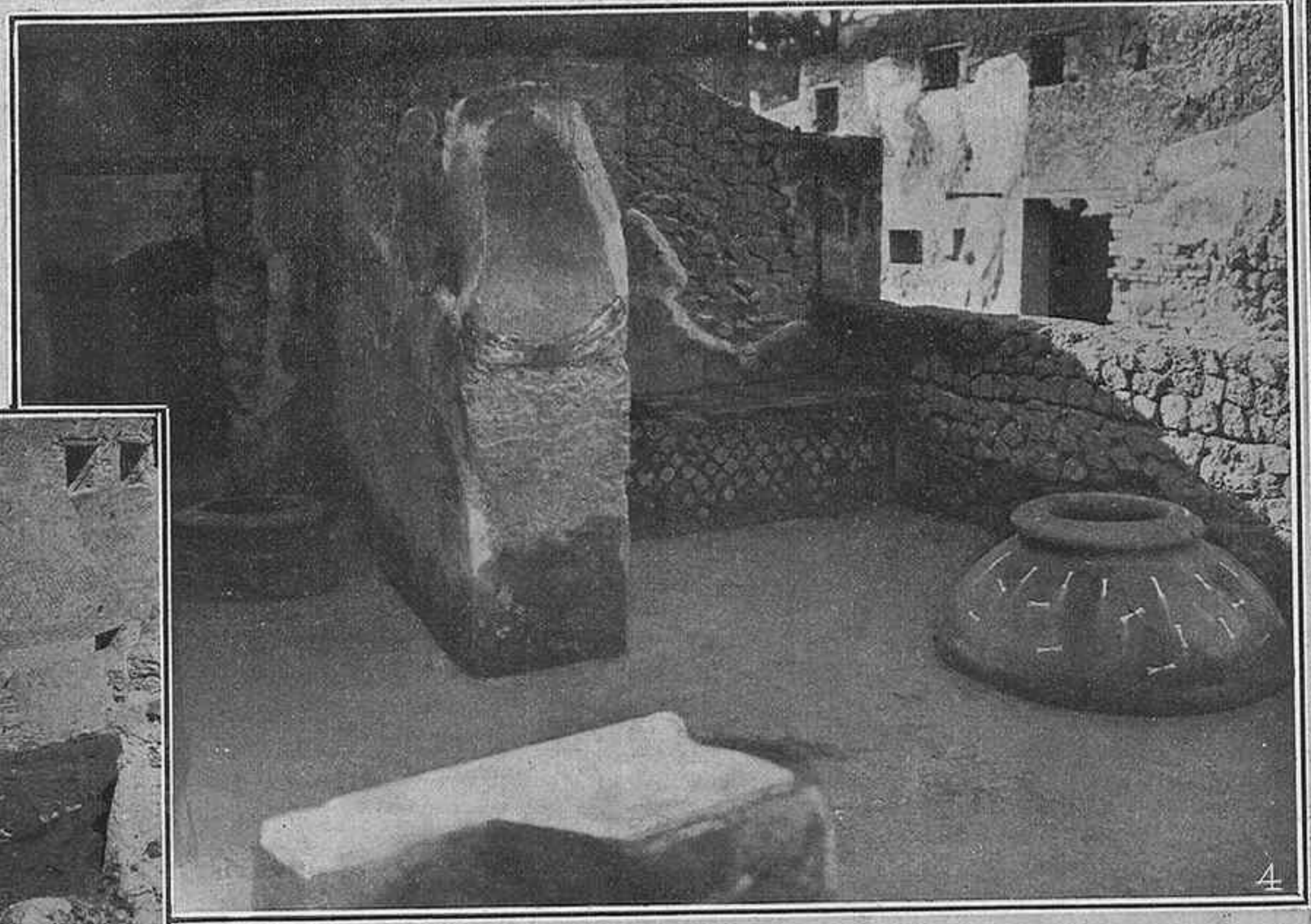
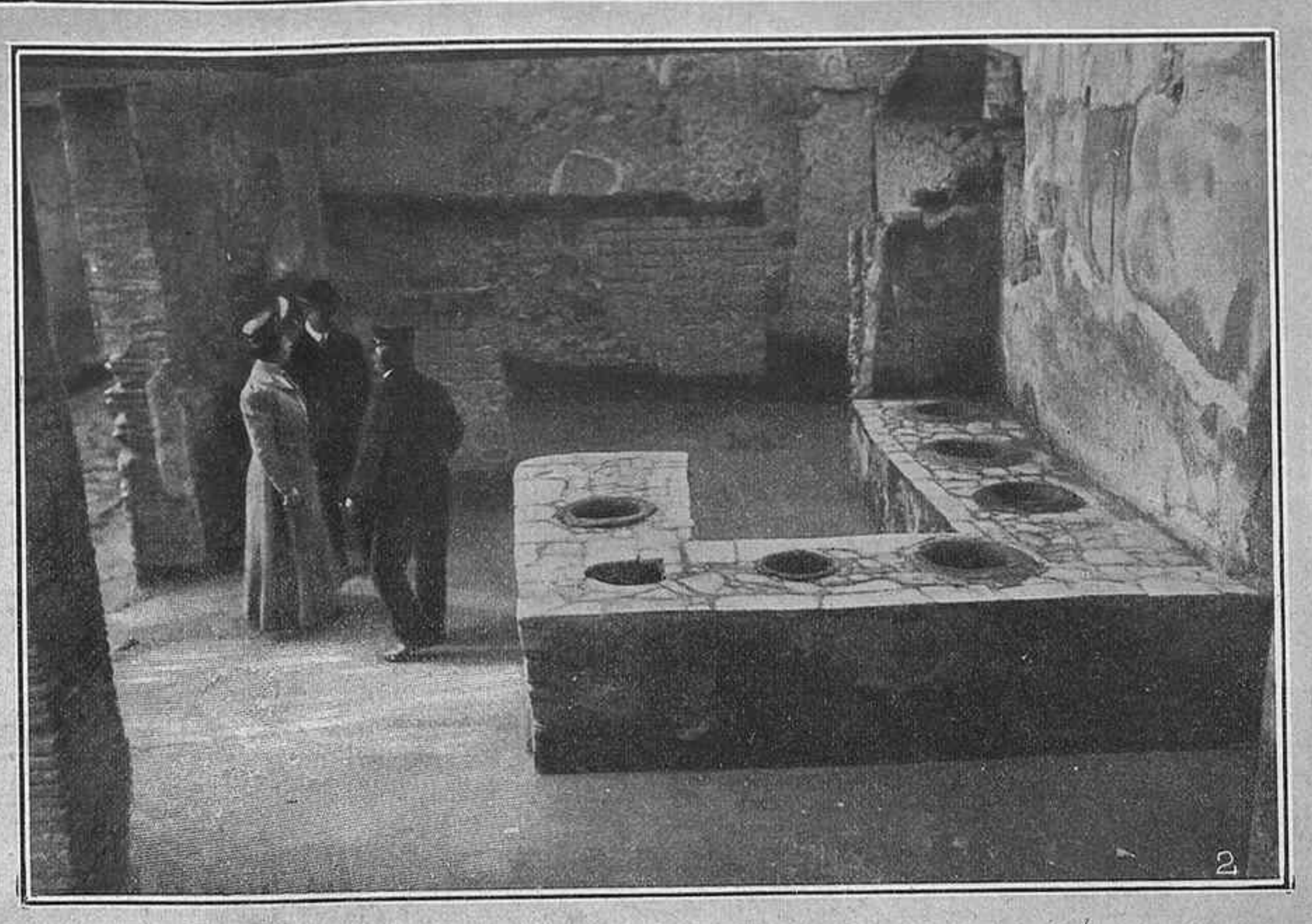
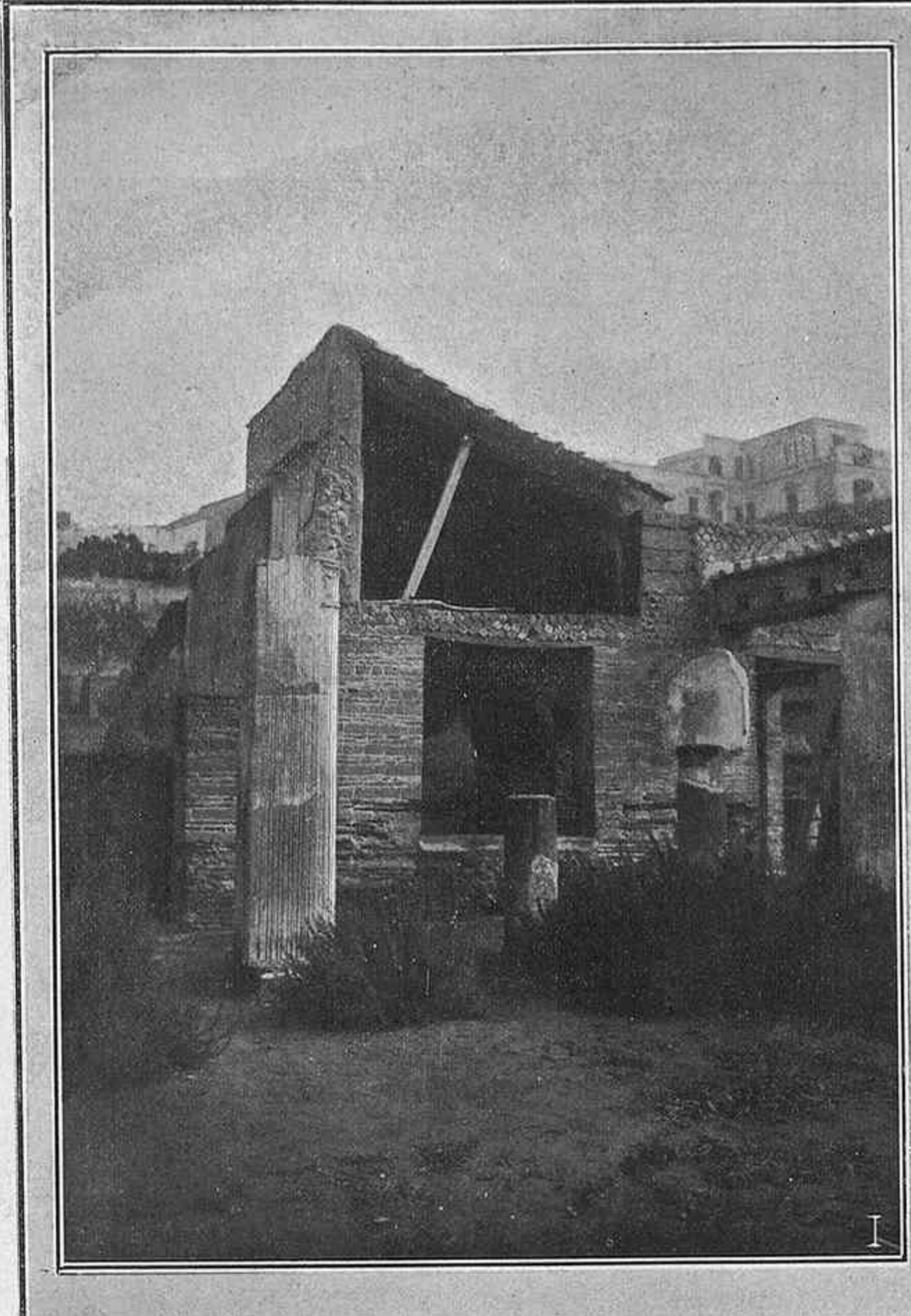
¿Qué número de tesoros nuevos nos revelará el grandioso proyecto de Waldstein?

CARLOS ABENIACAR



HERCULANO.—Vista de las ruinas hasta ahora descubiertas en la parte de la ciudad que mira al mar
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

ma ciu-
la mis-
o zonas
que en
. Y así
tesoros
aso, los
useo de
eta he-
Baibus,
colosal
tc., to-
uchado-
Fauno
el Mer-
s.
orrente
do por
erficie;
on 7co
ndioso
ACAR



RUINAS DE HERCULANO.—1. La casa de Argus.—2. La taberna.—3. La carretera que conducía al mar y los almacenes de mercancías
4. Almacén de un comerciante en aceite.—5. Las termas.—6. La casa de Galba
(De fotografías de Carlos Abeniagar.)



LA FIESTA DEL MAÍZ EN ITALIA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE FRANCISCO PRADILLA

EL CONDE DE CHESTE

D. Juan de la Pezuela y Ceballos, marqués de la Pezuela y conde de Cheste, fallecido en Madrid en 1.º de los corrientes, nació en Lima en 10 de mayo de 1810 y allí comenzó su carrera militar, siendo capitán de arqueros honorario. A la edad de ocho años vino a España, ingresó en el famoso Colegio de Madrid, en el que eran profesores, entre otras celebridades, D. José Herosilla y don Alberto Lista, y después de practicados algunos estudios literarios, que le atraían más que las armas, ingresó en el ejército, obediente á los deseos de su familia.

A la muerte de Fernando VII era capitán, y en la guerra civil que estalló después de fallecido aquel monarca se portó bizarramente, ganando merecida fama en Lidón, Montejurra, San Adrián, Cheste y en otras muchas acciones. En 1848, á la muerte del general Fulgoso, fué nombrado capitán general de Madrid; al año siguiente desempeñó el mando supremo en Puerto Rico y en 1853 en Cuba, dejando en ambas islas el más grato recuerdo por su administración integérrima. En 1867 se le confió la capitania general de Cataluña, cargo en el que le sorprendió la revolución de 1868; durante el período revolucionario permaneció fiel á la reina doña Isabel II y trabajó mucho por la restauración de la monarquía borbónica.

Alejado de la política desde hacía mucho tiempo, vivía retirado en Segovia, consagrado al amor de su familia y á sus aficiones literarias, y sólo muy de tarde en tarde reaparecía en la corte con motivo de las grandes solemnidades palatinas.

En las letras, como en las armas, conquistóse el conde de Cheste gran renombre: desde que á la edad de veintidós años presentó á la Academia Española su poema *El cerco de Zamora*, no descansó en su labor literaria; escribió para el teatro la comedia *Las gracias de la vejez* (1833), y aparte de sus innumerables poesías sueltas y de sus muchos trabajos académicos, tradujo en verso castellano *La Jerusalén libertada*, de Tasso; *La Divina Comedia*, de Dante; *Orlando Furioso*, de Ariosto, y *Los Lusíadas*, de Camoens.

Era capitán general de los ejércitos nacionales desde 1867, caballero del Toisón de Oro, llavero de la Orden de Calatrava, presidente de la Real Academia Española, en la que ingresó como individuo honorario en 1845, fundador de la de Puerto Rico, miembro de las de Barcelona, Sevilla y Arcada de Roma; estaba en posesión de la gran cruz de San Fernando y de sinnúmero de otras condecoraciones nacionales y extranjeras. Había sido diputado, ministro varias veces y senador por derecho propio.

Con él desaparece una de las figuras más notables y más simpáticas de la historia española contemporánea.
¡Descanse en paz!

BARCELONA

ASAMBLEA DE DIPUTACIONES PROVINCIALES

Con objeto de estrechar las relaciones entre las Diputaciones de las distintas provincias de España y de adoptar acuerdos que recaben para ellas las facultades que deben tener, concediéndoles verdadera personalidad y emancipándolas de

la exagerada tutela del poder central, se ha celebrado en esta ciudad una asamblea solemnísimá y cuyos resultados pueden ser de gran trascendencia y altamente beneficiosos para el país en general. A ella han concurrido representantes de la



EL CONDE DE CHESTE, FALLECIDO EN MADRID EN 1.º DE LOS CORRIENTES.
Copia del último retrato hecho al pastel que posee su familia

mayoría de las corporaciones provinciales, y las que no han enviado representación personal se han adherido á la asamblea.

En honor de los asambleístas se han dispuesto varios obsequios: visita á los establecimientos de beneficencia que están á cargo de nuestra Diputación; banquete en el Tibidabo, función en el teatro Romea, expedición á Montserrat y banquete y recepción en el palacio de la Diputación Provincial.

Los asambleístas se han mostrado complacidos de su estancia en esta ciudad, la cual también conservará gratos recuerdos de su permanencia entre nosotros.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
crea par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los grabados de las páginas 729, 733 y 736-737)

Monumento á Verdi, boceto de A. Carminati. — En un concurso celebrado en Milán para la erección de un monumento á Verdi, presidido por el famoso escultor Enrique Butti y del que formaban parte artistas tan notables como Bistolfi, Callandra, Gallori, D'Orsi, Pirovano, Pogliaghi, Trentacoste y Colauti, ha sido elegido por unanimidad, entre los sesenta y dos bocetos presentados, el del escultor milanés Antonio Carminati.

Sobre un amplio pedestal, que se eleva sobre una escalinata, está sentado el maestro; en la cara delantera del pedestal, un bajo relieve representa las cuatro principales óperas de Verdi; las dos estatuas que completan el monumento simbolizan la Melodía y la Armonía.

Aunque por el boceto solo no pueden apreciarse todas las bellezas del monumento, es bastante para que por él pueda verse el efecto de conjunto, que es realmente digno de los mayores elogios.

Día de colada, cuadro de Eávarão Stoll. — Son de admirar en este cuadro, aparte de sus bellezas de dibujo y de color, la frescura y la sobriedad con que está pintado; es una nota llena de vida en la que palpita la realidad; una escena sencilla, un episodio de la vida corriente que el artista ha sabido envolver en un ambiente poético, un lienzo, en suma, que produce una impresión por demás agradable.

El volante, cuadro de L. Campbell Taylor. — Es la obra de un pintor joven que ha merecido grandes elogios de la crítica en la última exposición de la Real Academia de Londres. La disposición general del lienzo, la corrección y naturalidad de las figuras, la misma sencillez del asunto, los contrastes de color, todo demuestra que se trata de un pintor dotado de verdadero talento y que domina la técnica de su arte.

La fiesta del maíz en Italia, cuadro de Francisco Pradilla. — La importancia que en Italia tiene la cosecha del maíz hace que la recolección de ese grano revista en todas las comarcas de aquella península los caracteres de fiesta solemne. El eminente pintor español Francisco Pradilla, enamorado con razón de una costumbre tan típica y tan pintoresca, la ha trasladado al lienzo que reproducimos con la maestría que caracteriza al ilustre autor de *Doña Juana la Loca*, de *La rendición de Granada* y de tantas otras joyas de la pintura española contemporánea.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. — *Salón París.* — Hanse expuesto recientemente en ese salón cinco bellísimos paisajes y una marina de Vancells; un retrato de factura elegante de Simonet; una bonita figura de Tamburini; un buen retrato y dos bellos interiores de Cusí, y seis hermosos lienzos de distintos géneros de Laureano Barrau.

Espectáculos.—BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Gaziel*, poema lírico dramático en un acto y tres cuadros de Apeles Mesures, música de Granados y decorado de Moragas y Alarma, y *Permet'm*, pasatiempo en un acto de Luis Puiggarí, música del maestro Esquerrá; en Novedades *La infanta de los bucles de oro*, cuento en un acto, letra de Sinesio Delgado, música de Serrano, y *La mala sombra*, sainete en un acto, letra de los hermanos Alvarez Quintero y música de Serrano. Esta última obra se ha estrenado también en el teatro Granvía.

Asociación Musical de Barcelona. — Ha dado dos notables conciertos en el teatro Principal: el programa del primero, á cargo exclusivamente del famoso violoncelista Sr. Casals y del notable pianista Sr. Socías, componíase de tres sonatas, una de Beethoven (op. 69), otra de Moor (op. 55) y otra de Saint-Saens (op. 123), que fueron admirablemente ejecutadas; en el segundo, el Sr. Casals tocó de un modo magistral, acompañado por la orquesta de la Asociación, el célebre *Concierto* de Dvorak, la *Elegía* de Fauré y las *Variaciones* de Boellmann, piezas que le valieron entusiastas ovaciones; y la orquesta, hábilmente dirigida por el Sr. Lamothe de Grignon, tocó la obertura de *Egmont*, de Beethoven; *Hoja de álbum*, de Sancho Marraco; *Mascarada*, de Rodríguez Alcántara, y dos *Marinas* de Víctor M.^a Gibert premiadas en la última Fiesta de la Música Catalana. Todas estas composiciones fueron calurosamente aplaudidas.

Necrología.—Han fallecido: Cristián Malí, pintor muniquense. Carlos José Alfredo Hedenstjerna, notable escritor noruego. Arturo Paulowitch, barón de Mohrenheim, diplomático ruso.



BARCELONA. — BANQUETE EN EL HOTEL TIBIDABO OFRECIDO POR LA DIPUTACIÓN DE BARCELONA Á LOS REPRESENTANTES DE LAS DEMÁS DIPUTACIONES DE ESPAÑA QUE HAN ACUDIDO Á LA ASAMBLEA. (De fotografía de A. Merletti.)



CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA

ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

CUATRO PALABRAS DEL AUTOR

A SALVADOR DELOGU.—ROMA.

Navidad de 1888.

Mi querido Salvador: Como ves, he escrito otra novela que juzgarás por lo menos curiosa, porque se compone únicamente del prólogo y del epílogo de una gran novela que cualquiera de nosotros más ó menos ha vivido.

Razones de arte que no tengo por qué explicar, pero que tú comprenderás sin gran esfuerzo, me habían movido, en un principio, á no dividir esta novela en capítulos y finalmente á no escribir una novela propiamente dicha, indicando sólo de lejos aquello que bastase para iluminar el estudio psicológico. «Estudio filosófico» diría, si no temiera que se me calificara de pedante, porque sabido es que la filosofía, la poesía y todo lo muy elevado son cosas que niegan al que actúa de novelista, no ya los profanos en literatura, sino muchos hombres altaneros que la enseñan en la cátedra. De modo que mi «novela» queda entregada á la imaginación del lector, el cual no dejará de componerse una con los elementos que le he dado: he escrito únicamente el principio y el fin.

Lee tú con la bondad que siempre me has demostrado, pensando que aunque mi libro no tuviese otro mérito, tiene para mí el de estar dedicado á ti, que, entre los muchos amigos queridos, eres uno de los poquísimos que me quedan; los demás han muerto ó peor aún. Que te halles libre de aflicciones y que tus afectos tengan larga vida.

S. FARINA.

PRÓLOGO

I

El primero que se despertaba en aquel vasto dormitorio era siempre Desiderio; cuando entraban por las ventanas las pálidas claridades del alba, ya el muchacho se había sentado en la cama esperándolas, y para no volver á dormirse había contado los lechos que había en la sala y que eran treinta y dos, además del del vigilante, situado allá en el fondo, debajo de la imagen de la Virgen.

Todos aquellos niños que dormían, llenando el aire de sonidos extraños, vistos de escorzo y de perfil, á la escasa luz matutina, con las bocas abiertas y los ojos cerrados, ofrecían cierta distracción á Desiderio; pero asimismo le infundían algún miedo desde el día en que, al despertar, no oyó la respiración del peque-

ño Julio, que dormía en la camita inmediata á la suya, y vió luego que el lecho estaba desocupado: durante la noche, Julio se había sentido mal y había sido llevado á la enfermería.

Aquel Julio era un buen chico, pero siempre lloraba, porque habiendo conocido á su madre, que había muerto, se obstinaba en querer tenerla á su lado.

Mil veces había tratado Desiderio de consolar á su vecino, diciéndole que á las madres se las encuentra de nuevo en el paraíso; pero un día habíale contestado Julio que él no podía saber nada de esas cosas porque no había conocido á su propia madre y quizás ni la había tenido siquiera.

Era verdad; Desiderio no había conocido á su madre y acaso ni siquiera la había tenido; de suerte que no considerándose con autoridad para hacer cesar las lágrimas de Julio con aquel argumento, no había sabido qué otra cosa aconsejarle... Sin embargo, si procurase distraerse, leer, por ejemplo... ¡Bah! A Julio no le gustaban los libros más que en las rodillas de su madre y quería morir para ir á leer en el cielo.

Cada mañana, pues, Desiderio, al despertarse, casi á oscuras, se ponía á escuchar para ver si entre los varios ruidos de los compañeros que roncaban podía percibir la débil respiración del pequeño Julio; pero no oyendo nada y comprendiendo, aun antes de que el alba se lo demostrara, que el lecho continuaba vacío, preguntábase con cierto terror si su amiguito se habría realmente muerto para reunirse con su madre, y su infantil criterio le contestaba que no, porque, de haber muerto Julio, su cama no habría permanecido tanto tiempo desocupada.

Después entraba la luz por las ventanas y Desiderio sacaba de debajo de la almohada un libro, un hermoso libro lleno de historietas, olvidando á Julio enfermo y á todos sus compañeros que roncaban en el dormitorio, para no pensar más que en Pulgarcito y en la Hermosa dormida en el bosque.

La cama de Desiderio era la última de la sala; un espacio como de un palmo de ancho la separaba de la pared; venía luego otro espacio algo mayor y después el lecho vacío de Julio; de modo que el muchacho hallábase casi aislado en medio de sus compañeros, de lo cual no le pesaba, porque solo se viaja mejor con las botas de las siete leguas.

Además, aquella barrera que la enfermedad de Julio interponía entre él y el mundo le hacía pensar en otro personaje de quien había oído hablar: en un tal *Robinson*, que se había perdido en una isla y había vivido mucho tiempo sin comer sopas de leche, porque allí no tenía leche ni pan, pero que en cambio se había dado grandes atracones de fruta. Desiderio no había podido darse nunca un atracón de fruta,

y estaba casi convencido de que nunca podría dárselo, á no ser que fuese también á parar en una isla desierta. Pero ¿quién sabe si han quedado islas inhabitadas? Desde que *Robinson* enseñó á los niños cómo se vive en tales islas, todos habrán querido sin duda ir á ellas y seguramente comerán allí lo que en Milán: la sopa de leche por la mañana, la sopa y la carne cocida al mediodía, la sopa de caldo por la noche y alguna pequeña manzana de cuando en cuando.

Una noche Desiderio se despertó y se puso á escuchar atentamente. La lámpara nocturna que solía arder al otro extremo del dormitorio, encima del lecho del vigilante, se había apagado; la obscuridad, sin embargo, no era absoluta, pues por las amplias ventanas entraba, además de la luz difusa de las estrellas, un vago resplandor rojizo, el rayo perdido de un farol lejano.

Era difícil, aun á los ojos avezados de Desiderio, forjarse en aquel espacio negro la visión que todas las mañanas se le aparecía; pero trató de evocarla porque no tenía sueño. Vamos á ver..., delante de él, allí, precisamente allí, debe estar la cama de Gabriel, del pequeño Gabriel, el de los ojos encendidos y el rostro encarnado. Mas ¿qué había sucedido? Allí donde estaba la cama de Gabriel no había nada y en aquella misma dirección, pero lejos, muy lejos, surgía la figura de un gigante negro puesto en cuclillas. Desiderio comprendió que si se hubiese hallado solo habría tenido miedo de aquel cuerpo negro; pero como sabía que estaba en compañía numerosa, clavó audazmente los ojos en el gigante para obligarle á desenmascarse y á decirle: «Ha sido una broma, no soy un gigante, sino la caja con patas de la cama de Gabriel.» La figura negra, no obstante, no cambió de postura, y Desiderio, perdida la paciencia, quiso dormir. ¡Dormir! ¡Que si quieres!.. No tenía sueño. Entonces dió media vuelta de modo que su oreja derecha pudiese percibir la respiración de alguno... ¡Y he aquí que observa otro fenómeno! Junto á él, tan cerca que parece que le soplen encima, alguien ronca ligeramente; es allí mismo, cerca, muy cerca, más cerca de la cama de Julio; no puede ser más que en el propio lecho de éste...

¿Quién habrá ocupado durante la noche aquella cama, si no es Julio mismo? Desiderio escuchó largo rato; era una respiración regular, no sonora, pero sí robusta, sin aquellos gemidos que algunas veces le habían recordado la escena del ogro cuando, queriendo degollar á Pulgarcito y á sus hermanos, degüella á sus propias hijas. Aquella respiración que se sobreponía al ruido de las otras respiraciones más lejanas, después de algunas cadencias rítmicas precisas,

hacía más complicada y variada, tenía acentos singulares, sonidos débiles, suspensiones misteriosas, y luego, de pronto, crecía en intensidad, se preparaba deliberadamente como si quiera decir algo tremendo, algo en que entrasen la muerte y la condenación eterna hasta dejar el tema agotado..., y luego un silencio, un gran silencio oratorio antes de comenzar de nuevo.

Desiderio, que no había tenido miedo del gigante negro, acurrucado á larga distancia, empezaba á sentir la tormentosa fascinación de aquel extraño lenguaje que llenaba sus oídos, y para destruir de una vez aquel encanto llamó en voz baja:

—¡Julio!

Viendo que nadie le respondía, volvió á llamar con voz más fuerte:

—¡Julio!

—¿Qué pasa?, preguntó *alguien* despertando sobresaltado.

Aquella voz no parecía la de Julio; pero el muchacho, no sabiendo de qué fiarse en medio de aquella obscuridad, repitió, por lo que pudiera ser, su llamamiento:

—¡Julio!

—¿Qué sucede?, preguntó una voz robusta que salía de la cama de Julio, pero que no era la voz de éste. ¿Qué quieres?

—Cré que me habías llamado..., dijo Desiderio.

—No te he llamado; dormía.

—¿Quién eres, cómo te llamas?, preguntó Desiderio.

—Desiderio, respondió el otro; tengo sueño... Y tú, ¿cómo te llamas?

—¡Desiderio!

El incógnito, en vez de contestar al inmenso asombro de su vecino con un asombro semejante, se puso nuevamente á roncar.

En aquel momento entró la luna en el dormitorio de los huérfanos y Desiderio buscó ante todo con la mirada al lejano gigante negro. Había desaparecido.

Allí está la cama de Gabriel, el de los ojos enrojecidos, y allí están en fila las camas de todos los demás; pero junto á él, en el puesto durante tanto tiempo vacío, duerme *alguno* que le vuelve la espalda, Julio, sin duda, aunque ha dicho que se llamaba Desiderio. ¡Vaya una idea de querer llamarse Desiderio! Pero tal vez soñaba.

El verdadero Desiderio tampoco tardó mucho en soñar.

Y soñó que había llegado al castillo de la hermosa durmiente, la cual se parecía á una niña á quien él había visto un día en el locutorio; pues era rubia como aquella niña y llevaba, como ella, un vestido de color de rosa.

De repente la hermosa habíase despertado y se había arrojado á su cuello diciéndole: «¡Hace mucho tiempo que te espero!»

Y hasta la voz era la misma de la niña aquella.

La cual, para decir de una vez todo lo que acerca de ella sabía el muchacho, llamábase Esperanza.

II

Como había perdido una horita de sueño, Desiderio se despertó algo más tarde de lo que solía, es decir, cuando las primeras claridades del alba habían entrado ya en el dormitorio gris y melancólico. Al abrir los ojos, vió á un chico de su edad sentado en la cama de Julio que le miraba fijamente. No era Julio. Tenía una carita angulosa, una gran frente prominente, los ojos negros y profundos y el cabello rojo. Aquel desconocido, sin darle tiempo á que saliera de su sorpresa, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Y viendo que el interpelado no respondía en seguida, repitió la pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Desiderio, balbució el niño.

—Me has quitado el nombre, repuso el otro; yo también me llamo Desiderio, pero en la tienda no era más que Derio, porque todo el nombre resultaba demasiado largo. Llámame tú también Derio, si lo prefieres.

—Yo no; pero de seguro que tendrás algún otro nombre; te llamaré con él para que no nos confundamos.

—Entonces llámame el Loco, también me llamaban así.

—Prefiero Derio.

—Tengo otro todavía... Coppa, Desiderio Coppa, el Loco. Puedes escoger.

—¿Dónde has estado hasta ahora, que nunca te había visto?

—En la tienda; se me ha muerto padre, que era zapatero, un oficio de perro; te aseguro que no me divertía poco ni mucho. Mi tía es pobre y me ha he-

cho entrar aquí; para traerme me ha dicho que se está muy bien, que el sitio es bonito y que se vive como los hijos de gente rica. Precisamente estaba mirando y no me parece esto tan bonito como una casa de señores; he estado tantas veces en casa de señores cuando vivía padre... ¡Si vieras! ¡Qué diferencia de esto!

—Pero aquí no se está mal, dijo Desiderio, sintiéndose inclinado por una extraña simpatía hacia aquel muchacho que llevaba su mismo nombre y que de un modo tan insólito le habían puesto al lado. Ya verás...

—He visto bastante, replicó el otro con gravedad. Esta casa es negra y á mí me gustan las blancas, por dentro y por fuera, ó de color de rosa, azules y doradas, con escaleras de mármol.

—¡Como la casa de la hermosa dormida en el bosque!, exclamó Desiderio.

—No he estado nunca en ella, repuso Coppa con gran seriedad. ¿Es bonita?

—¡Anda, si es bonita!

Y Desiderio comenzó á describirla; pero cuando, acosado por las preguntas de su tocayo, confesó no haberla visto más que en un libro, el Loco alzó los ojos al techo é hizo con los labios un mohín de compasión. Nada dijo que delatara su pensamiento, pero aquel gesto era por sí solo bastante expresivo.

—¿Quieres que hagamos un pacto?, preguntó al cabo de un instante.

—Hagámoslo.

—Prometamos que seremos amigos por toda la vida. ¿Quieres?

—¡Vaya si quiero!, respondió Desiderio bajando bastante la voz porque el otro la alzaba demasiado.

—¡Cómo lo dices!

—Lo digo bajito para no despertar al vigilante que nos haría callar.

—Espera, es preciso jurarlo...

Y saliéndose casi de la cama y estirando los brazos, presentó á su amiguito los dos índices puestos en cruz.

—¿Qué he de hacer?

—Pon la mano encima y jura que seremos amigos en la vida y en la muerte.

Desiderio no se hacía bien cargo del papel que en aquello representaba la muerte; pero aquel juramento solemnemente, prestado de un modo tan extraño durante el sueño de todos los compañeros, le halagaba, así es que juró por la vida y por la muerte, no sin experimentar un cierto asombro. El Loco hizo en seguida lo propio y luego dijo:

—Más tarde te daré á beber mi sangre y yo beberé de la tuya.

¿Que cómo se haría eso? De un modo sencillísimo, ya lo vería; por de pronto, Desiderio no debía preguntar más sobre el asunto.

—Ahora que somos amigos, añadió Coppa, debemos proponernos ir más adelante á visitar juntos aquel magnífico palacio...

—¿Qué palacio?

—El de la hermosa que duerme; iremos á despertarla los dos... ¿Estás contento?

Desiderio manifestó la duda de que aquel palacio ya no existiese ó acaso no hubiese existido nunca; pero el Loco no quiso hacerle caso. Puesto que lo había leído en un libro, por fuerza el palacio había de existir. ¿Que el libro no decía dónde estaba situado? Bueno, no importaba; ya lo encontrarían del mismo modo que si lo dijera.

—Todavía no me has dicho cómo has venido á ocupar la cama de Julio sin que yo te haya visto.

—Cuando he llegado aquí dormías. No querían admitirme porque era demasiado tarde; pero un señor de barba, que no sé quién es, se ha tragado todas las mentiras que mi tía le ha contado para disculparse, y me ha dejado entrar... Me han puesto aquí sólo por esta noche; pero si creen que han de cambiarme de cama, se equivocan; aquí estoy muy bien.

Había en el lenguaje del Loco algo que á Desiderio no le gustaba, y sin embargo no menguaba por ello la simpatía que le inspiraba su nuevo amigo.

—¿Cuántos años tienes, le preguntó Coppa?

—Diez cumplidos.

—Pues yo diez no cumplidos aún, repuso el otro como humillado por ser más joven; pero soy más alto que tú, mira.

Y de repente, sin decir más, sacó las piernas de debajo de las sábanas, y cuando se hubo puesto de pie, repitió:

—¡Mira!

Quizás no era verdad que fuese más alto que Desiderio, pero éste no se cuidó de corregir aquella pequeña vanidad y se limitó á decir que se acostara en seguida porque estaba prohibido levantarse antes del toque de campana.

—¿Y cuándo toca la campana?, preguntó el pe-

queño intolerante metiéndose de nuevo en la cama.

—Son las cinco..., dentro de media hora.

Coppa no oyó esa respuesta; parecía distraído por otra idea, y Desiderio lo estuvo contemplando un buen rato con gran indulgencia, como si ya supiese el papel que le tocaba representar en la nueva amistad.

—Tú y yo somos dos Desiderios, dijo de pronto Coppa. ¿Qué es lo que tú deseas?

El muchacho ante esa pregunta estuvo un momento perplejo.

—A la verdad, dijo luego, no sé qué deseo; tal vez nada.

—No es cierto, replicó el otro; piénsalo bien; algo debes desear.

Entonces el chico confesó que deseaba que pasasen dos años para poder entrar en la segunda sección, en la que los huérfanos aprenden el dibujo.

—¡Esto no es un deseo!, exclamó Coppa.

—¿Por qué?

—Porque es una cosa segura. ¿Qué gusto da desear las cosas cuando positivamente han de suceder? Es lo mismo que desear que dentro de siete horas sea mediodía.

Desiderio no se hallaba preparado para contestar á ese argumento y se contentó con repetir que por el momento no deseaba otra cosa.

—Por el momento, replicó Coppa. ¿Y para después?

—Para después, no sé.

Su ignorancia era tan sincera como el asombro del Loco.

—Yo, en cambio, dijo éste solemnemente, pienso siempre en el *después*, y deseo, ¿quieres saber lo que deseo?

—Sí, dílo.

—Deseo llegar á ser rico, rico, muy rico; poder tener siempre los bolsillos llenos de monedas de oro y de plata y gastarlas sin contar, y regalarlas á los amigos, pero teniendo siempre otras.

—Pero tú deseas imposibles...

—¿Quién te dice que sea una cosa imposible?

—Es que... me parece... ¿Qué esperanzas tienes de llegar á ser tan rico?

—Ninguna.

—¡Lo ves!, exclamó con altanería el pequeño filósofo.

Pero acto continuo, comprendiendo que había dicho algo que daba qué pensar á su interlocutor y cuyo fondo él mismo no veía bien claro, se puso á meditar en silencio.

—También temo yo que sea una cosa imposible, dijo el Loco; pero en deseársela no hay ningún mal.

Desiderio entonces nada contestó; pero un momento después, estremeciéndose al oír los prolongados sonos de la campana matutina, dijo más hablando consigo mismo que respondiendo al compañero:

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Si hay algún mal en deseárselo imposible.

Y saltó de la cama.

El aspecto del dormitorio había cambiado totalmente y en cada camita se repetía la misma escena: un muchacho medio desnudo, de pie ó sentado ó todavía tendido, pero con los brazos en alto; bostezos que hundían las mejillas, así las gordas como las flacas. En pocos momentos todos los chiquillos estuvieron de pie; registraron el arca, se pusieron los pantalones, sacaron lustre á los zapatos, fueron al lavatorio común á lavarse la cara con gran estrépito y volvieron por último á hacer las camas.

Desiderio hubo de enseñar al nuevo amigo cómo se hace una cama, cosa que el Loco aprendió en seguida; y éste, en recompensa, quiso que aquél aprendiera de él á dar lustre á los zapatos sin cansarse mucho, alternando en el cuero el aliento cálido y las acepilladuras rápidas y ligeras.

En resumen, aquella escena del despertar no había parecido demasiado fastidiosa al Sr. Coppa; pero quedaba todavía por hacer algo que Desiderio no sabía cómo lo tomaría el novato: el embozo de las sábanas. También esta operación se hizo sin contratiempo: apenas el Loco oyó repetir de boca en boca por todo el dormitorio «¡La cuerda, la cuerda!» y vió que veinte brazos se agitaban para coger una cuerda, rápido, sin saber siquiera de qué se trataba, apartó á empujones á cuantos delante de él estaban y, dando un salto, se apoderó de la sogá. Mas cuando la tuvo en sus manos no habría sabido qué hacer con ella si Desiderio no le hubiese dicho que había que estirarla de un extremo á otro del dormitorio, encima de las camas, para..., ¿para qué?, para alinear los embozos.

Resultado semejante después de una proeza, ¿no descorazonaría el heroísmo del novato? Desiderio lo temía, pero se equivocó, porque Coppa, cuando hubo estirado la cuerda, pareció contento de poder arreglar el embozo de su propia cama.

Los huérfanos estaban lavados, secados y cepilla-

dos; el tumulto no podía prolongarse, y sin embargo duraba todavía por culpa de unos cuantos aturdidos que se habían ensuciado los dedos y corrían de nuevo al lavatorio, ó no se habían secado bien la cara, ó se habían olvidado de guardar los cepillos en el arca, mientras los más sosegados estaban ya formados en fila delante de la Virgen para rezar la oración de la mañana.

El vigilante, que con su alta estatura dominaba aquel pelotón infantil, reunió á los que andaban sueltos é hizo que los rezagados se apresuraran, y luego, á una señal, se arrodillaron todos.

Aquella mañana tocábale á Desiderio leer la oración; pero como se la sabía de memoria, no necesitó mirar siquiera el cartel en que estaba impresa.

Cuando comenzó con su límpida y dulce voz: «Ha pasado la noche y vivo todavía, ¡oh Señor!, mientras quién sabe cuántos han comparecido esta noche misma delante de Vos para ser juzgados...» el Loco, que se había arrodillado junto á él, clavó los ojos en sus labios para no perder una sílaba de lo que decía. Cuando Desiderio, en nombre de todos sus compañeros, prometió al Señor aprovecharse de la educación intelectual y prepararse, á fuer de buen ciudadano, á honrar á su patria, su voz temblaba un poquito como agitada por una secreta conmoción; y cuando dijo: «Aun cuando esta tierra no es la patria eterna, la vida es un don con el cual podía prepararse la corona del cielo.» bajó la voz y recitó más despacio, como si se tomase tiempo para comprender todo el significado de aquellas palabras místicas. Después, resonó nuevamente en la sala la voz aguda de Desiderio para asegurar á los compañeros que los amaba y procuraba servirles de buen ejemplo.

Al llegar á este punto, una mano apretó, á escondidas, el borde de la blusa de Desiderio; era la mano de su nuevo amigo que sentía la necesidad de apretar algo.

«Todo esto os prometo, ¡oh Señor!, dijo para terminar el muchacho; dadme Vos la gracia de que no falte á mi promesa. Enviadme á vuestro ángel que me ilumine, que me guarde, que me dirija y me salve de todos los peligros que encontraré en este día.»

—Amén, dijo el ayudante.

Y todos los huérfanos, poniéndose en pie, repitieron amén.

Después de lo cual se encaminaron al refectorio.

Sólo uno permanecía aún de rodillas, como distraído, mirando á Desiderio que colgaba de un clavo el cartel de la plegaria. El vigilante se le acercó y le dijo:

—No te he visto nunca, ¿cómo te llamas?

—Desiderio Coppa, el Loco, respondió el interpelado alzándose del suelo.

—¿Por qué te llamas el Loco?

—No lo sé.

—Es preciso ser cuerdo, pequeño, cuerdo como ese compañero tuyo que lleva tu mismo nombre... ¿Lo prometes?

Coppa, echando un brazo al cuello del nuevo amigo, contestó sin perturbarse:

—Si ha de ser así, es preciso que no me cambien de cama; hay que decirle á aquel señor de la barba que quiero dormir siempre donde he dormido esta noche.

Bajaron al dormitorio para comer la sopa de leche caliente; pero Coppa, que aunque tenía hambre no tenía prisa, se detuvo en el rellano, después del primer tramo, y cogió á su amiguito para decirle:

—Oye, ¿todas las mañanas hacéis lo mismo?

—Sí, todas.

—¿Y todas las mañanas le dices tú al Señor que te envíe el ángel?

—No siempre soy yo quien lee; vamos por turno y también á ti te tocará leer.

—Y ese ángel, insistió Coppa, fijo en su idea, ¿ha venido alguna vez?

—Creo que sí...

—¿Lo has visto tú?

Desiderio hubiera podido contestar que lo había visto muchas veces mirando desde el patio al través de los cristales del locutorio, que era un ángel de color de rosa, que, acompañado de su madre, iba á visitar á uno de los mayores de la primera sección, y que se llamaba Esperanza; todo esto habría podido

decir, pero no sabía aún si Coppa era digno de tal confianza.

—Comprendido, dijo el pequeño indiscreto leyendo en la cara de Desiderio una cierta vacilación; me lo dirás más adelante.

—Sí, más adelante, exclamó su amigo, contento, en el fondo, de tener á su disposición un confidente.

—Más adelante, repitió el Loco con acento misterioso,



Esperanza

rioso, cuyo significado oculto adivinó Desiderio con espanto.

Aún no había bebido la sangre de Coppa, ni éste había bebido la suya.

III

Desiderio no había olvidado á Julio; sin embargo, á pesar de que hacía mucho tiempo que lo conocía, no se sentía ligado á él por aquel lazo misterioso que, en pocas horas, le había unido tan fuertemente á Coppa. El ingenuo huerfanito casi se lo reprochaba, y tratando de disculparse, no halló otra excusa que decir á su corazón una pequeña mentira: «No es verdad—intentó decirse á sí mismo—que el recién venido á quien ayer no conocía siquiera, me inspire mayor cariño que Julio, que tantas veces ha llorado delante de mí y hasta en la cabecera de mi cama... No, no es verdad...» Pero sí que era verdad, y entonces Desiderio comprendió que las mentiras que á veces decimos al corazón no surten el menor efecto.

Desiderio, pues, pensaba en Julio; pero pensaba también en la ceremonia de la sangre, la cual le daba cierto miedo, primero porque se figuraba que no se podía hacer brotar sangre sin pincharse en alguna parte del cuerpo, y segundo porque, no habiendo nunca bebido sangre de nadie, no sabía qué influencia extraordinaria había de ejercer en su amistad con el Loco.

Cuando después del desayuno fué llamado Coppa por el director, Desiderio se asustó al pensar que si su amigo no sabía responder á las preguntas de catecismo y de gramática, no lo dejarían en la misma clase ni en el mismo dormitorio.

—¿Qué es lo que sabes?, preguntó apresuradamente.

—¡Qué sé yo!, contestó ingenuamente Coppa.

—¿Quién nos ha creado?, insistió el otro.

—La madre, respondió el Loco impasible.

—No, no; no se dice así. Si el director te pregunta

quién nos ha creado, has de decir que «Dios;» luego te preguntará para qué fin Dios nos ha creado, y tú contestarás: «para amarlo y honrarlo...»

Y al ver que Coppa movía la cabeza, añadió:

—Es que si no sabes esto te pondrán en la primera clase y habremos de separarnos.

Fué aquel un golpe rudo para el pobre Coppa.

—¿Y sabes qué es artículo y qué pronombre? Y las conjugaciones del verbo, ¿las sabes?... ¿Pero qué es lo que sabes?

—Sé leer, escribir, sumar y restar.

Ya era algo.

—¿Y nada más?

—Espera que haga memoria...

—Ve, ve; que el director no se impacienta.

Y el Loco se marchó con la cabeza baja, procurando recordar los pocos conocimientos olvidados en la tienda.

Desiderio, durante la media hora de recreo que precede á las clases, vagó por el patio como alma en pena. Hasta se había olvidado del pequeño Julio y todo se le volvía mirar á la puertecita por donde había de asomarse de un momento á otro la roja cabeza de su nuevo amigo. ¡Cuánto tardaba!

Al fin apareció Coppa en el patio; con el cabello rojo cortado al rape y con la alegría que irradiaban sus ojos, parecía un rayo de sol perdido en aquel lugar melancólico.

—¡Me dejan aquí contigo!, gritó desde lejos. ¡Me dejan aquí contigo!, repitió cuando estuvo al lado de Desiderio.

Y al decir esto, lo sacudía abrazándole efusivamente.

—¿Y cómo te las has compuesto?

—Ha sido muy fácil. El director ha querido saber quién me ha creado y yo le he dicho: «Dios;» me ha mandado hacer una suma, me ha hecho leer, me ha hecho escribir..., y aun quería que le dijese qué es pronombre posesivo; pero yo le he contestado que en otro tiempo lo supe y que si me dejaba contigo lo recordaría. Entonces ha meditado un rato. Luego quería que le dijese al menos qué es artículo... ¡Y dale! Dentro de ocho días lo sabré todo.

—¿Y él que ha hecho?

—Ha meditado otro rato, me ha puesto la mano en la cabeza y me ha dicho que me fuese, que quería com

placerme. Tú me enseñarás lo que no sé y estaremos siempre juntos... ¡Qué gusto!

—¿Y Julio?, preguntó entonces Desiderio.

—¿Cuál Julio? ¿El que dormía en mi cama?

—Sí, ese.

—Han dicho que está enfermo, muy enfermo.

A Desiderio se le ocurrió que para legitimar la simpatía irresistible que sentía por su tocayo, era preciso visitar al pequeño Julio enfermo y presentarle á Coppa.

—Ven, dijo á éste.

Y se acercó al vicedirector, que en aquel momento atravesaba el patio.

—Señor, le dijo con la gorra en la mano; Coppa y yo, en vez de jugar, quisiéramos hacer una visita al pobre Julio, que está enfermo. ¿Nos da usted su permiso?

No era aquella la primera vez que el señor de la barba negra daba pruebas de buen corazón, y Coppa observó la melancólica sonrisa con que acogió la súplica.

—Venid conmigo, dijo el vicedirector, el cual no era hombre que cediera á otro la satisfacción de gozar del espectáculo triste y sano que á veces ofrecen el afecto y el infortunio unidos.

Los dos chicos, cogidos de la mano, con aquella timidez que dan aun las mismas acciones generosas, volvieron á subir las escaleras, atravesaron varias salas grises y melancólicas y llegaron á la puerta de la enfermería. En la primera estancia había dos camas y en una de ellas un enfermito con el cuerpo apoyado sobre dos almohadas, movía fatigosamente algunos soldaditos de plomo que no querían tenerse en pie encima del embozo de la sábana. El leve rumor que hicieron los dos muchachos ni siquiera le hizo levantar la cabeza; Desiderio contenía la respiración contemplando la sombra de aquel que durante tanto tiempo había sido su vecino de cama.

—¡Julio!, murmuró al fin.

(Se continuará.)

CÓMO SE CULTIVAN Y RECOGEN LAS FRESAS EN INGLATERRA

Lo mismo que su pariente, algo lejano, el rosal, la planta que da la fresa ha ganado mucho, gracias á un cultivo inteligente y continuado de generación en

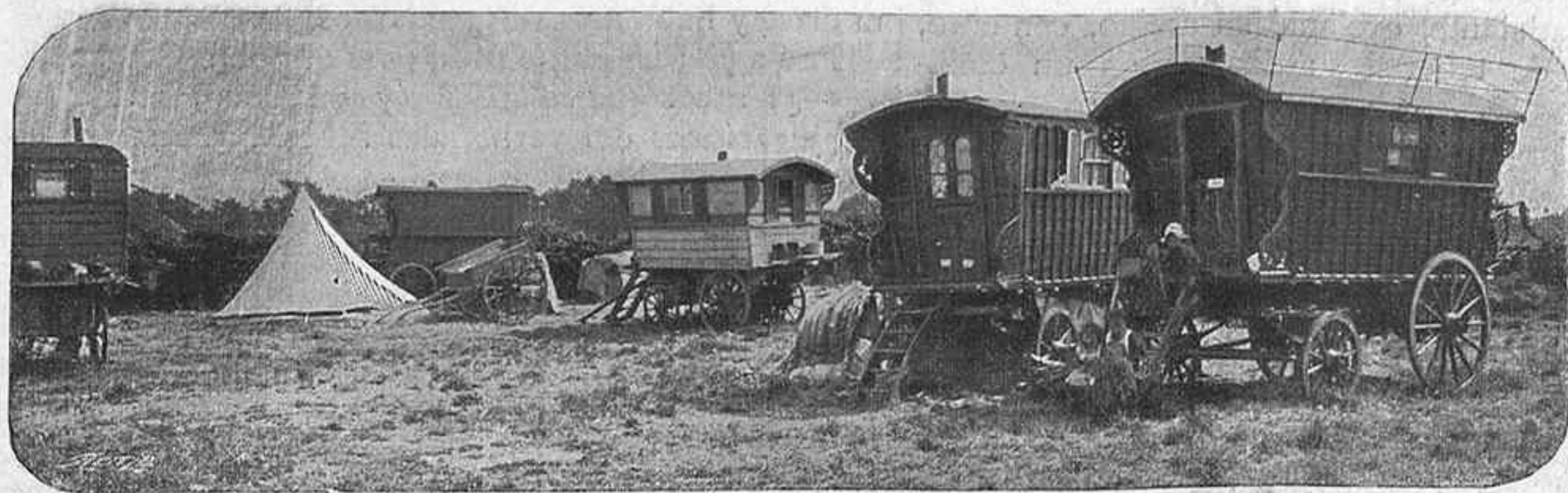
cuando más falta hace para que madure pronto el fruto, y otras luce con tal fuerza que lo pudre antes de que se pueda recoger.

El distrito que más fresa produce en Inglaterra está en el Hampshire, no lejos de Southampton, cuya vía de comunicación es un ramal del ferrocarril South Western, que en determinada época del año más se emplea en el transporte de esa fruta que en el de ninguna otra clase de mercancías.

Muy cerca se halla la estación de Swanwick, que en tiempo de fresa parece una colmena donde incesantemente se trabaja, desde el amanecer á la puesta de sol, desde la puesta de sol al amanecer. Un ejército de jornaleros, cuyo número aumenta cada día que pasa, se reúne allí todos los años.

Hace próximamente unos cincuenta años que en dicho distrito se introdujeron algunas plantas de fresa. Resultó ser el terreno muy á propósito para su cultivo. Desde entonces, al principio lentamente, luego con ímpetu creciente, fueron aumentando las plantaciones. Hoy en día se cuentan por millares las hectáreas de terreno dedicadas exclusivamente al cultivo de esa fruta, que tanta aceptación tiene.

Cuando en mayo y junio las blancas flores ceden el puesto á los verdosos botones, que muy pronto se han de convertir en fruta deliciosa, el cultivador de fresas comienza á estar sumamente atareado. Hay mucho que hacer. Uno de sus primeros deberes es proteger la cosecha que se anuncia contra los malos efectos de la lluvia y de la tierra combinadas.



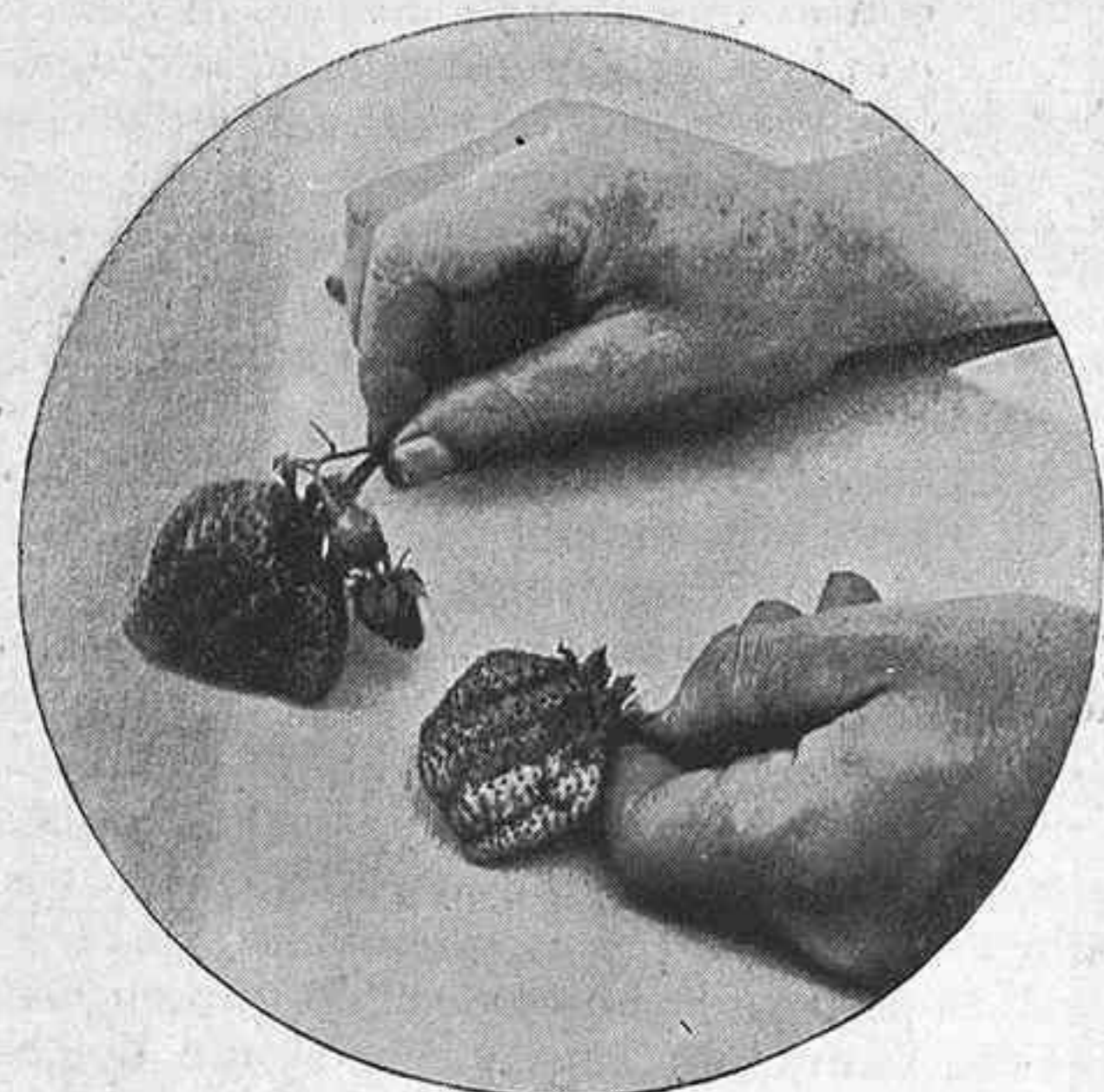
Un campamento de cogedores de fresa

generación. Hace trescientos años no valía mucho más que cualquier otra planta despreciada de las que crecen á orillas del camino. Era enteramente silvestre; su fruta pequeña y de poco sabor. A principios del siglo XVII alguien se ocupó de mejorarla, y entonces fué cuando comenzó á cultivarse.

Luego se la cruzó con otras de la misma familia traídas de diferentes países de Europa y América, y el resultado de ese maridaje fué excelente. Sucesivas generaciones de jardineros

continuaron haciendo experimentos, cruzando y volviendo á cruzar distintas especies. Hasta ahora lo mejor que con ello se ha obtenido es la producción de la variedad conocida por Real Soberano.

Pocas de las personas que saborean las primeras fresas del año se paran á reflexionar en la suma enorme de cuidados que han de tener los que las cultivan, quienes desde el principio hasta el fin son presa de gran temor é incertidumbre. El proteger las plantas más tiernas de los estragos de las heladas y del clima, tan variable, de Inglaterra en otoño é invierno; el cuidarlas y atenderlas como es indispensable hacerlo á principios de la primavera; el trabajar constantemente para tener la tierra limpia y libre de malas hierbas que las maten, requieren una vigilancia incansable. Más tarde,



Los dos modos, bueno y malo, de coger la fresa. La mano derecha la coge como es debido, dejando una parte del tallo adherida á la fruta. La izquierda lo hace mal y sin cuidado.

certidumbre. El proteger las plantas más tiernas de los estragos de las heladas y del clima, tan variable, de Inglaterra en otoño é invierno; el cuidarlas y atenderlas como es indispensable hacerlo á principios de la primavera; el trabajar constantemente para tener la tierra limpia y libre de malas hierbas que las maten, requieren una vigilancia incansable. Más tarde,



Reconocimiento de los cestos llenos de fresas

los perjuicios que los elementos le causan en marzo y abril hacen desesperar al infeliz cultivador de fresas. Además, el sol tampoco suele portarse bien, pues á veces no brilla lo bastante



Una remesa de cestos de fresa que acaba de ser descargada del tren

Por regla general, cuando cae un buen chubasco de verano las gotas de lluvia hacen saltar otras de lodo que ensuciarían la fruta. Para impedirlo, entre cada dos filas de plantas se coloca una delgada capa de paja, sobre las que descansa la fruta hasta que esté en sazón, sin peligro de que la tierra mojada la mancille.

Al mismo tiempo siguen su curso otros preparativos para la próxima cosecha. La fruta madura se envía siempre á los consumidores en unos cestos manuales que pesan, estando llenos, de cuatro á cinco libras.

Se puede formar idea del número de esos cestos que se emplean en todo el Hampshire durante el corto período de la recolección, con sólo decir que el año pasado, en la sola estación de Swanwick, se despacharon 940.000 para el mercado de Covent Garden de Londres y otros centros de distribución del Reino Unido. Durante un solo día de los de mayor movimiento, se suelen remitir hasta 42.000 cestos. Y téngase en cuenta que Swanwick es una de la media docena de estaciones exportadoras que hay en aquel distrito.

Entre otros preparativos, demasiado numerosos para que de ellos hablemos citaremos el de levantar tiendas de campaña ó tinglados donde pesar, sentar en los libros y poner la dirección á los cestos que se han de enviar al ferrocarril; otro el de buscar con anticipación pedidos, y por último, aunque no es lo menos importante, el de contratar los cogedores.

La verdadera recolección de fresas comienza hacia los primeros días de julio. Las plantas sanas y bien cultivadas, de dos ó tres años de edad, producen, con frecuencia, fresas de extraordinario tamaño y peso; no es cosa rara el enviar



Grupo de cogedores de fresa trabajando

al mercado algunas gigantescas que pesan de una á tres onzas; las hay también de formas caprichosas.

Algunas especies de fresas son mucho más prolíficas que otras. De una sola planta se han cogido hasta tres libras de fruta, por cierto muy buena.

Cuando ya las variedades más tempranas de fresas están en estado de enviarse al mercado, comienzan á llegar los cogedores. En el Hampshleyn, la delicada labor de arrancar la fruta está, por lo general, encomendada á ciertas gentes que habitan en carros, conocidas por el nombre de «caminantes.» Llevan una vida muy parecida á la de los gitanos, pero se ofenden si les toman por descendientes de esa raza.

En las fincas más grandes suelen contratar más de cien de esos caminantes para la recolección. Llegan al distrito en carros y carretas pintados de colores chillones; forman su campamento, erigen tiendas de campaña y cobertizos ó algo que se les asemeja, y allí acampa, durante semanas enteras, esa extraña gente. Una de las cosas que más llaman la atención del que visita esos campamentos es el número extraordinario de chiquillos, sucios y harapientos en su mayoría, especialmente los más pequeños. Sin embargo, no sirven de estorbo, pues ayudan en el trabajo á sus padres.

Saben esos «caminantes» coger perfectamente la fresa; sujetando, entre el pulgar y el índice, el tallo y tronchándolo de cierto modo para dejar unido á la fruta cerca de una pulgada. Los dedos del que la coge no la tocan nunca, y algunos propietarios suelen imponer multas, con mucha razón, á los que así no lo hacen.

Cuando la recolección está bien organizada no es faena tan pesada como á primera vista parece. El pequeño ejército de hombres y mujeres se esparce por todo el campo; dos ó tres personas en cada fila de plantas. Dada la señal, todos comienzan su tarea. Cada uno lleva dos cestos, uno para las fresas de primera calidad, otro para las de segunda, y ambos quedan muy pronto llenos.

En cuanto lo están, un muchacho ó muchacha los lleva á la tienda de campaña, donde los han de examinar, y al mismo tiempo dan al cogedor otros cestos vacíos. Trabajando de este modo, de veinte á cuarenta cogedores dejan

limpio un campo extenso en poquísimos tiempo. El que ya está práctico llena dos cestos, unas ocho libras, en media hora.

En cuanto los muchachos llevan los cestos de fresa á la tienda citada, los reconocen escrupulosamente, los cubren con esmero, empleando un pliego de

papel grueso en donde va, escrita ó impresa, la dirección del destinatario, y los asientan en el libro de salida.

Los cestos, consignados tal vez á lugares situados á muchas millas de distancia, no llevan otra cosa que los proteja de la mano de un ratero que el citado pliego de papel. Sin embargo, según le han asegurado al autor de este artículo, llegan invariablemente á su destino sin haber sufrido ninguna merma.

Los carros que llevan las fresas á la estación más próxima están contruidos de un modo muy ingenioso; van provistos de muchos anaqueles, de modo que pueden transportar gran número de cestos sin temor de que la fruta se estropee por el peso de los unos sobre los otros. El mismo sistema se emplea en todos los vagones del ferrocarril destinados á ese transporte.

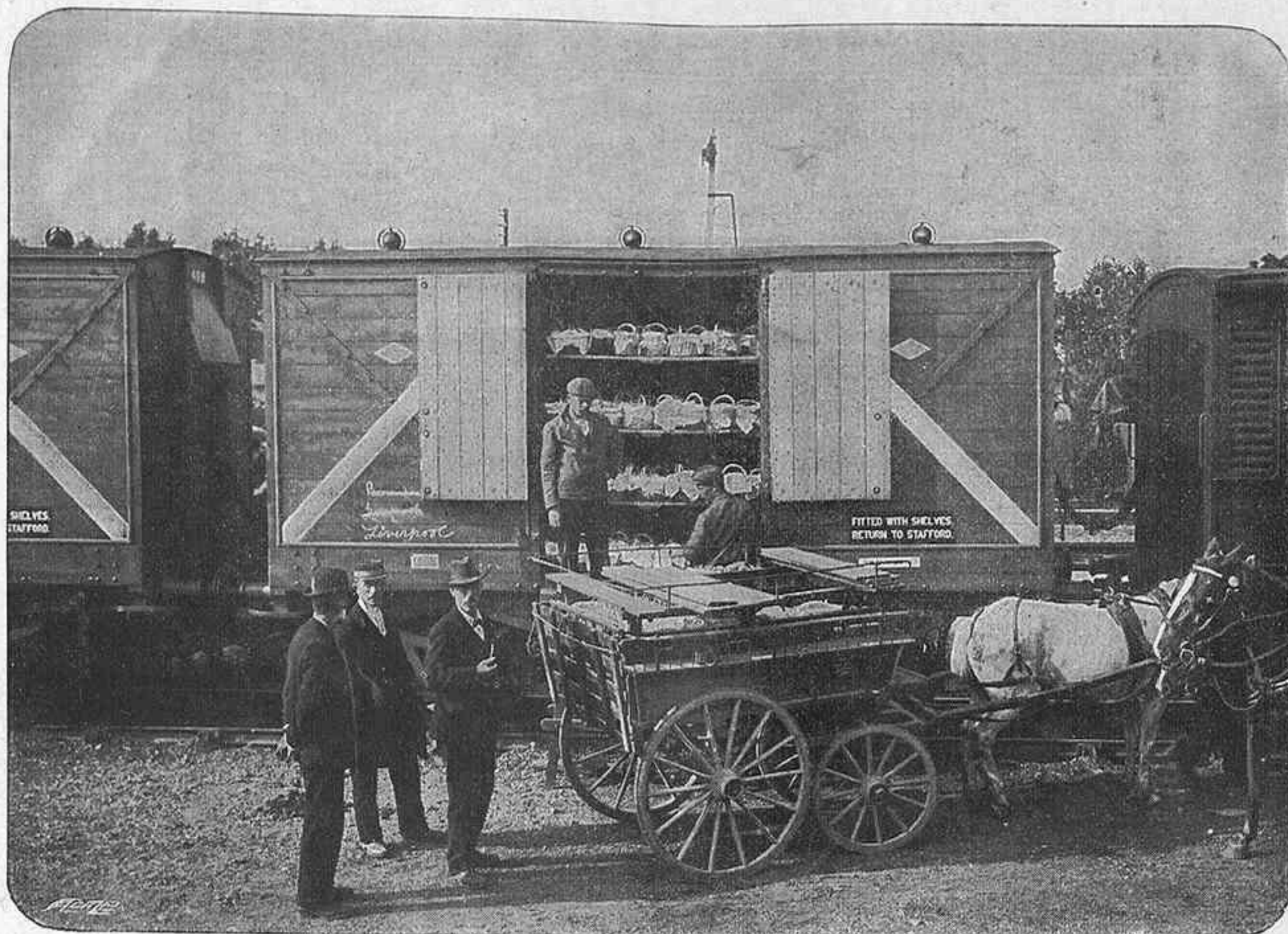
En las estaciones se colocan dos trenes formando una calle larga y ancha; los carros

se arriman junto á las portezuelas de los vagones, cada uno de los cuales lleva un letrero indicando el punto adónde va. Estos vagones están llenos de estantes que ocupan todo el espacio aprovechable, dejando, sin embargo, sitio para que puedan manejarse los cestos fácilmente; 600 de éstos se considera una buena carga para cada vagón. La ventilación es perfecta.

Cuando la recolección está en todo su apogeo, seis largos trenes salen diariamente con fresas sólo de la estación de Swanwick; entre ellos uno á las cinco de la mañana, lleno por completo de cestos que llevan la inscripción «acabadas de coger,» destinadas al mercado de Covent Garden.

Uno de los grandes propietarios del distrito de Swanwick dijo al autor de estas líneas que remitía por término medio, anualmente, á distintos puntos 40.000 cestos, conteniendo cada uno cuatro libras de fresas.

Londres, con sus seis millones de habitantes, todos aficionados, más ó menos, á comer fresas, sobre todo con nata, es donde se consume la mayor parte de las que en Inglaterra se producen.—H. J. HOLMES.



Cargando un vagón con cestos de fresas

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

REMEDIUM DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD
ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.
EXIGIR LA SIGNATURE
APROBADA por la Academia de MEDICINA
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS **JORET HOMOLLE**
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^o G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA
Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVOLE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

UN LADRÓN AUDAZ.—EL ROBO DE LA CAJA DEL AYUNTAMIENTO DE KOEPENICK (ALEMANIA)



Voigt en su disfraz de capitán

Voigt en traje de faena

Voigt en traje de calle

El zapatero Voigt, que, disfrazado de capitán del ejército, cometió el robo. (De fotografías de Franke, de Berlín.)

Acaba de suceder en Alemania una aventura extraordinaria, un robo audaz cometido en una forma que se sale de lo corriente.

A las cuatro de la tarde del 16 de octubre último, reinaba gran alarma en la ciudad de Koepenick, situada en las cercanías de Berlín; un capitán de ejército, al frente de doce soldados, ocupaba las Casas Consistoriales, y mientras los gendarmes contenían á la multitud que se había reunido en la plaza, aquel oficial, exhibiendo una orden del gabinete imperial, intimaba al burgomaestre y al cajero la rendición inmediata de las cuentas de la municipalidad y la entrega de los fondos existentes en caja, unos 4.000 marcos, de los cuales dió el correspondiente recibo. Después metió en un coche á los dos funcionarios municipales y los mandó, bajo escolta, á Berlín, dándoles cita en la delegación de los Tilos.

Allí esperaron, pero esperaron inútilmente; el capitán era simplemente un impostor que gracias á su disfraz se hizo ayudar por un pelotón de doce granaderos del

campo de tiro de Ploetzensee, y que, después de cometida su hazaña, se apresuró á tomar las de villadiego.

Aclarado el hecho, faltaba coger al falso capitán, lo que no era cosa fácil; pero al fin, al cabo de diez días de incesantes pesquisas, fué detenido, resultando ser un zapatero de Tilsitt, de cincuenta y siete años de edad, que había tenido que haberse las muchas veces con la justicia y que había cumplido ya innumerables condenas. Al ser detenido y después interrogado por el juez, dió muestras del mayor cinismo.

Ese robo, que revela una osadía extraordinaria, ha causado gran emoción en toda Alemania, en donde nadie se explica cómo la primera autoridad municipal de una población de 20.000 habitantes se dejó engañar en la forma que hemos descrito, y sobre todo cómo un hombre de la facha innoble del zapatero, mal vestido con un uniforme comprado en casa de un ropavejero, pudo burlar tan fácilmente y poner en danza á soldados, gendarmes y polizontes.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza
de los PECHOS en dos meses con
las **Pildoras Orientales**,
únicas que producen en la mujer
una graciosa robustez del busto,
sin perjudicar la salud ni engruesar
la cintura. Aprobadas por las
celebridades médicas. Fama uni-
versal. J. RATÍE, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-
deau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por
correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Far-
macia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona,
Farmacia Moderna, Hospital, 2.

Data de 1849
PUREZA DEL CUTIS Paris
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y tetro
Casa CANDÈS
B^e St-Denis, 16

BOYVEAU-ROB-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Espantos de sangre, los Catarros, la
á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^e St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANEE Y SIMÓN